

**OBRAS DEL AUTOR**

•

**Figuraciones de la Vida  
de Jesús**

•

**Leer y Escribir**

•

**Cartas a un Obrero**

•

**La Misión de América**

•

**El Rosal Deshojado**

•

ALBERTO MASFERRER

# LEER Y ESCRIBIR

•

## LA CULTURA POR MEDIO DEL LIBRO

•

EDICIONES DEL  
MINISTERIO DEL INTERIOR

•

1950

II

---

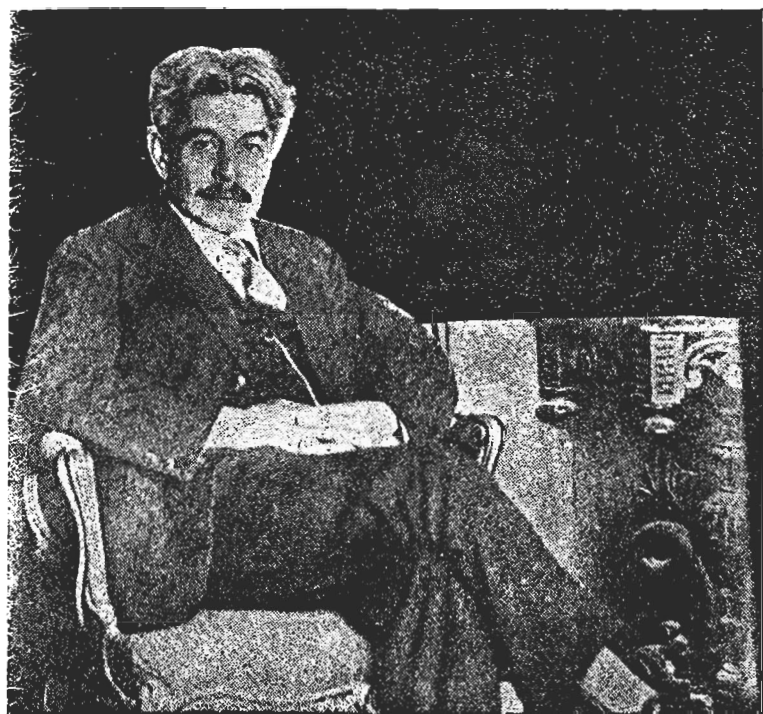
IMPRESA NACIONAL.—SAN SALVADOR, EL SALVADOR, CENTRO AMERICA



*EDICIONES  
DEL  
MINISTERIO DEL INTERIOR*

II





**ALBERTO MASFERRER**



# LEER Y ESCRIBIR





***E**STAS páginas son—valga la expresibilidad—la versión inmediata, viva, palpitante, de meditaciones hechas por su autor en días de vacaciones consulares en Florencia y Roma, con el propósito de escribir, después, una obra sobre el más impresionante y trascendental de nuestros problemas nacionales: la enorme y negra mancha de nuestro analfabetismo. Serenamente pensadas y, ante todo, sinceramente sentidas estas páginas—verdadero examen de conciencia nacional— creemos que sugerirán en el pueblo salvadoreño la necesidad imperiosa de emprender campaña cooperante y bien dirigida contra esa llaga de la ignorancia primera que obstaculiza todo progreso y libertad, y la necesidad también de hacer de tan nobilísima campaña un ideal, por el cual hay que trabajar para creer, en él y en su eficacia redentora.—N. de la D.*



**L**A mitad de los salvadoreños no saben leer ni escribir.

De la otra mitad, la mayoría no lee nunca sino es una media docena de libros más dañosos que útiles, como el Oráculo, Magia Blanca y otros semejantes. Así resulta que la población, en su mayor parte, se nutre con supersticiones, ideas gastadas, prejuicios y consejas.

El pueblo, crédulo e irreflexivo, es presa fácil de conductores egoístas o ineptos. Va de un ídolo a otro, como quien no ha sospechado nunca lo que es un verdadero dios: de un seductor a otro, como quien nunca oyera palabras de verdad, salidas del corazón de un hombre verdadero. Si se compara su desarrollo mental con el alcanzado por el pueblo en el Norte de Europa, se nota una diferencia que da lástima. A la par de aquellos, nosotros somos unos desdichados, sin anhelos, sin personalidad, sin idea remota de lo que es vida libre; creídos de que la audacia puede suplirlo todo, que hablar mucho es saber mucho, que la discordia es sociabilidad, que ya casi nada tenemos que aprender, que el dinero es creador de los 'más altos

dones, y el poder, algo que está por encima de la justicia, de la ciencia y de la conducta.

Así es la atmósfera mental en que vivimos, y de la cual no podremos salir mientras la mayoría continúe incapaz de instruirse; y así habrá de continuar mientras el libro, que en la época actual es un instrumento indispensable de cultura, sea para ella inaccesible.

## II

Tal como la vida se halla organizada en nuestros tiempos, un pueblo analfabeto será sin remedio el esclavo de un grupo de perversos de su propio suelo, o la presa fácil de cualquier nación poderosa que desee absorberlo o dominarlo.

Porque el saber confiere a los hombres poderes inmensos: el hombre que sabe, si tiene además resolución y constancia, está siempre en capacidad de dominar al que no sabe. El ignorante es fatalmente, la víctima, el esclavo del hombre instruído. Si no hay en éste una gran bondad, acabará siempre por explotar, tiranizar a los ignorantes que lo rodean, y éstos, aunque hayan sido engañados y explotados cien veces, caerán de nuevo en las redes de aquellos. Porque es imposible que el ciego vea mientras no deje de ser ciego; y el ignorante es un ciego.

Lo mismo que se dice de los individuos, cabe decir de las naciones. Pensar que una nación de ignorantes va a librarse de una nación culta, si ésta quiere someterla a su influencia o dominarla, es como pensar que en la lucha entre un

ciego y un hombre que ve, las ventajas pueden estar de parte del ciego. En realidad, no hay otro destino para un pueblo ignorante, que el despotismo adentro y la dominación afuera.

### III

La empleada de oficina, la vendedora de almacén, el mozo de café, el obrero y hasta la camarera de una gran ciudad del norte de Europa, piensan más, por lo general, reflexionan más y tienen mayor aptitud para juzgar de los acontecimientos y de los hombres, que muchas gentes de las que entre nosotros pasan por instruidas y se creen aptas para dirigirnos.

Y es natural que sea así; porque en Europa los conocimientos no se estancan sino que circulan sin cesar, como las corrientes marinas.

Las conferencias populares, los diarios, las revistas, las escuelas de todo género, los libros, los museos, los jardines zoológicos, la biblioteca a domicilio, los centros de lectura, las universidades ambulantes, forman una red viviente por donde las nociones, las ideas, los descubrimientos, los sistemas, se transmiten con la velocidad de la chispa eléctrica de un extremo a otro y hasta los últimos confines del cuerpo social. Que un grupo de sabios se reúna en Stockolmo o en La Haya, a estudiar un problema cualquiera del mayor interés, sea de ciencias, de artes, de industria, de política, y al momento se sabrá hasta en las más pequeñas aldeas de Alemania, de Holanda, de Bélgica, de Dinamarca, qué

pensaron, qué diieron, qué resolvieron; y aunque no todo se asimile, queda siempre una buena porción de ideas y de hechos que se convierte en ciencia popular y que ya no saldrá de la circulación general. Y ésta difusión resulta simplemente de que *todos saben y acostumbran leer*.

La prensa es ahí verdadero y universal trasmisor de los sucesos y de los pensamientos. Le Temps, The Times, cualquier diario importante de Londres, de Berlín, de Amberes, de Bruselas, de París, contienen diariamente estudios a fondo sobre toda clase de cuestiones, y como los lectores de esos diarios se cuentan por centenares de millar, aquellos estudios, fruto de las investigaciones de algún especialista que acaso gastara en ellas mucho tiempo, van en una mañana a impresionar el pensamiento de todo un país. Al día siguiente serán reproducidos en cinco o seis capitales de Europa, y en una semana, los hombres de cinco o seis naciones habrán pensado sobre el mismo asunto, y una verdadera comunión espiritual se habrá operado entre ellos; gracias, no tanto a que se hallen unidos por el teléfono y el ferrocarril, como el hecho sencillo y fecundo *de que esos hombres saben leer y acostumbran leer*.

Entre tanto, nosotros vivimos allá separados unos de otros como por un abismo: el que piensa, algo, el que aprende algo, se lo guarda, no sabe que hacer con ello porque no tiene medios para comunicarlo. Y como es una ley en todo que lo que no está en movimiento se arruina, esas ideas, esos conocimientos estancados, inertes,

se oxidan, se petrifican y acaban por anquilosar el cerebro de sus poseedores. Ese flujo y reflujo de las ideas, de los conocimientos, de los juicios, de las opiniones, que es la condición primordial y constante de una extensa y viviente mentalidad, no existe entre nosotros. El espíritu de análisis, la crítica, que es a la cultura del entendimiento como la máquina aventadora a la limpieza y selección del grano, es allá enteramente desconocida. El que encontró por ahí un retazo de idea, un sistema dislocado, una serie de fantaseos, se aferra a ellos; los enclava en su cerebro como nuevas columnas de Hércules, y se dice a sí mismo: no hay más allá. Pasarán años y más años sin que una contradicción hiera su espíritu, y cuando por fin se encuentre con ella, como no tiene el hábito de renovarse, de examinar, de rectificar, lejos de acogerla y estudiarla, verá en ella una cosa chocante, una extravagancia, una ofensa, a veces un delito.

Esas ideas estancadas suelen transformarse allá entre nosotros en un pernicioso ensimismamiento, al cual se le dá el nombre de convicciones. Todo el que vive enamorado de sí mismo; todo el que se dejó sugestionar y fanatizar; todo el que se habituó a la pereza intelectual, se siente firme sobre lo que él llama *sus convicciones*. Y, naturalmente, el que está convencido, y cree que convicción y verdad son una misma cosa, no quiere perder su tiempo ni su esfuerzo en examinar lo que ya él sabe que es un error o una quimera.

Si esos terribles convencidos vivieran dos



años en París, en Berlín, en cualquiera gran centro de cultura, y se dieran el trabajo de ver pasar, subir, caer, levantarse de nuevo y derrumbarse por fin las teorías, los sistemas, las doctrinas que parecían más firmes, aprenderían que las convicciones no tienen valor científico; que son, nada más, resortes morales; que todo hombre que piensa libremente, sabe que su convicción de hoy le parecerá mañana una tontería; que el único criterio racional y útil, es decirse a toda hora: yo estoy convencido de que esto es así; pero es probable que esté en un error. De consiguiente, apenas se ofrezca la ocasión de rectificar, la aprovecharé.

Y precisamente, los hombres que proceden con este criterio son los únicos que no se dejan seducir de novedades y fantasías; los únicos que no se entusiasman antes de tiempo; los únicos que no opinan antes de estudiar; los únicos que sienten real y profundo respeto por la verdad; los únicos que pueden y merecen ser aceptados como guías intelectuales de las naciones.

Tal manera de pensar proviene, en gran parte, del hábito de leer. El que lee, el que examina, el que ve pasar incesantemente los innumerables aspectos de cada idea y de cada hecho, aprende, siente que la verdad es sutil, delicada, aérea. Como una mariposa, vendrá por sí misma si la atraéis con los apacibles reflejos de la luz; huirá, si queréis asirla con mano grosera y violenta.

## IV

No faltan, no faltaron nunca entre nosotros hombres generosos y bien inspirados que se esfuercen por la cultura y la felicidad del país. Mas casi siempre, a vuelta de unos años de lucha, acaban por desalentarse, y se encierran en un triste aislamiento de donde nada puede ya sacarles. La idea más noble que concibieran, el proyecto más útil, la empresa más necesaria, fracasan por falta de atmósfera; porque no hay manera de hacerles prosélitos; porque no es posible llevarlos al conocimiento del pueblo, ni mover su entusiasmo en la vía de las realizaciones. Decepcionados, viven recordando sus propias derrotas, seguros de que *nada se puede hacer*, de que todo es inútil.

No habiendo procurado analizar la causa de sus constantes fracasos, no han llegado a darse cuenta de que ello consiste en que el pueblo, a causa de su total ignorancia, no participa jamás en ningún movimiento. Aun en las conmociones políticas, que es cuando más se cuenta con él, va como simple instrumento, por inercia, por costumbre de seguir a un caudillo, o arrastrado solo por móviles mezquinos: por alcanzar honores o dinero. En el verdadero y fecundo sentido de la palabra, nuestro pueblo no *colabora* con los reformadores o propagandistas; de tal manera que éstos se mueven siempre en un círculo vicioso y estrecho, llamando cada uno a las puertas aherrumbradas del mismo reducido grupo de vencidos. Y como cada uno

de éstos llora su propia derrota, no tiene apenas aliento para soñar su propio sueño, resulta que el neófito, el último que aparece en la arena de los entusiasmos y de las reformas, luego se da cuenta de que está solo; de que aquellos pocos que le acompañan lo hacen, no más, por cortesía, o con la tibieza de quien no tiene ninguna esperanza en la victoria.

Por eso, porque el pueblo *no se posesiona*, no adquiere plena conciencia de ninguna reforma, es que allá todo se queda en germen, o se pudre sin haber dado fruto. Hasta empresas que al parecer no chocan con ningún obstáculo y que han encontrado el asentimiento de todos, yacen inertes, durmiendo al rumor de una palabrería inútil, porque sus promotores no saben encarnarlas en la conciencia del pueblo. Este oye decir, acata; obedece si se le obliga, y lo mismo sigue al adepto que al adversario, según el mayor poder que tiene cada uno: hoy al que lucha por darle alas, mañana a quien le rompe las alas de un tajo.

A este respecto sería muy instructiva la historia de los intentos de unificación de nuestros estados; aquella empresa que tiene a todos por amigos; de la cual nadie se confiesa adversario, y que, sin embargo, tan irrealizable parece ya a sus más entusiastas adeptos, que no ven para darle vida otra esperanza que el sable sin gloria de algún mandarín aborrecido.

Harto más difíciles empresas eran las de unificar Alemania, Italia, Bélgica, y se realizaron sin embargo; porque los iniciadores, cuando no había *pueblo*, lo *hicieron*: antes de lanzar-

se al combate, cuidaron de que los elementos de lucha adquirieran una conciencia, y así, en vez de conducir rebaños, condujeron hombres.

## V

Ahondando un poco en estas cosas, no sería difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos, rodeados y seguidos de los hombres de mejor intención. Ardorosos reformadores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus intentos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes, y les colocaron a la cabeza de movimientos que ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro, y fortificar el agoísmo y la mentira, cuando, todos sus anhelos les llevaban a ser los servidores del desinterés y de la verdad.

¿Cómo podía ser de otro modo? Una mejora social, toda reforma que tiende a elevar la cultura y la felicidad del pueblo, no es ni más ni menos que una semilla, la cual, por escogida y vigorosa que sea, no dará fruto si se la siembra en un terreno estéril. Suponed, que queréis, que el sembrador sea el más cuidadoso y hábil en su oficio, y que con entera honradez deposite en la tierra la semilla que le confiasteis. Suponed todavía que la lluvia y el sol vinieron a punto y que ni reptiles ni pájaros ni otros enemigos lle-

2 -

garon a robársela. Pero ¡ay! la semilla fué sembrada en la arena, y allí se pudrió de humedad, o se quemó del calor. Lo que es dar fruto, no lo dará por los siglos de los siglos.

Sembradores de ideas, el pueblo es el terreno de la siembra. Si es un arenal, si es una roca, si es una masa de ignorantes, inútil serán vuestros afanes. Primero hay que abonarle, fertilizarle, darle capacidad receptiva, es decir, en nuestro caso, enseñarle a leer, *habituarse a leer, acostumbrarle a que no lea sin comprender.*

## VI

En Europa no tardará en desaparecer el hombre analfabeto. En los países del sur, que son los menos avanzados, los analfabetos están ya en minoría. El gobierno, el municipio, el clero, los particulares, todos se esfuerzan por que esa minoría decrezca, y de hecho, día por día es más pequeña. En Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Dinamarca, en Suecia, en Noruega, no los hay: acabaron hace ya tiempo. Los esfuerzos constantes, admirables por el método, la amplitud y la orientación, que ahora se hacen en esos países en favor de la cultura popular, no son ya para extirpar el analfabetismo, sino para que cada hombre, hasta el más pobre, hasta el más rudo, hasta el más degenerado, adquiera un caudal de conocimientos que agrande su horizonte mental.

Si se estudia la historia de ese fenómeno, se verá que ahí no hubo milagro de ninguna es-

pecie; que no hace aun mucho tiempo, medio siglo o tres cuartos de siglo a lo más, ahí también había analfabetos en gran número, y que su extinción fué obra realizada *entre todos*: que se pusieron *entre todos*, clero, municipios, gobierno, asociaciones y particulares; ricos y pobres, nativos y extranjeros, pueblo y nobleza, hombres y mujeres, a trabajar en la obra común; a enseñar a leer y escribir; con amor, con paciencia, penetrados de que eso era un deber, una necesidad, una obra de patriotismo. Quién dió su dinero, quién su trabajo personal, quién libros, quién locales y útiles. Fué tal el impulso, tan amplio, sostenido y entusiasta el esfuerzo, que aún hoy en muchas ciudades del Norte, los problemas escolares son de los que más preocupan a todos: la prensa, el Ayuntamiento, el Parlamento, los partidos, discuten constantemente cuestiones escolares. Tener el mayor número de escuelas, las mejores escuelas, se ha vuelto punto de honor, y no solamente de honor, sino de *defensa*, de seguridad nacional; pues en el Norte es ya una verdad vulgar que el pueblo de mayor cultura será el más libre, el más independiente, el más rico, el más fuerte y el más feliz.

## VII

Eso, en Europa, dirá alguno, pensando acaso que estos hombres son mucho más inteligentes que nosotros. Pues no es así; por lo menos, tratándose del europeo del Norte, que es ahora el hombre más civilizado del Globo, no va-

ció en decir que bajo ciertos aspectos mentales, no es en manera alguna superior a nosotros. Para explicar bien esta afirmación, comencemos por descartar la palabra *inteligente*, que es muy vaga y abraza mucho. La imaginación, la comprensión, el análisis, la generalización, el talento, la memoria, todas esas son facultades intelectuales, o mejor, manifestaciones diversas de la inteligencia, que rara vez se encuentran juntas en un mismo individuo. Por cierto, nosotros hacemos de estas ideas una confusión lamentable: inteligente llamamos allá, al que sabe hablar; al que hace el discurso más brillante y el brindis más bonito. Al que escribe el artículo más elocuente y los versos más impresionantes, a ese le otorgamos sin reserva ninguna el título de inteligente, y dejamos en la calle a los innumerables que ni hablan ni escriben, cuando muchas veces poseen las facultades más altas, las más altas de todas que son el análisis y la generalización. Newton, que en los varios años que fué miembro de la Cámara de los Comunes no habló sino una sola vez, para indicar que cerraran una ventana, habría sido entre nosotros calificado de medianía, y ahí se hubiera quedado, aun después de encontrar las leyes de la atracción universal. Tonta y dañosa preocupación, que conduce a muchas injusticias y a muchos errores.

Inteligencia no quiere decir literatura, ni hay orden alguno de actividad humana al cual deba circunscribirse el concepto de inteligencia. La ciencia, el arte, los oficios, la agricultura, el manejo de la casa, los trabajos más humildes y

silenciosos, pueden ser y son igualmente el campo en que la inteligencia actúa, y a veces con más poder y eficacia en la faena más trivial de un artesano, que en las sonajeras habladurías de un orador o en las solemnes y vanas elucubraciones de un cientista.

Decía, pues, que bajo ciertos aspectos mentales, nosotros no somos, en manera alguna, inferiores a los europeos del Norte: imaginación, comprensión, talento, a nosotros nos sobran. Véase sino cómo nuestros artesanos, nuestros hombres de letras y de ciencias, nuestros labradores, con escasísimos medios de instrucción, a veces sin ninguno, se elevan en sus producciones a un nivel que en Europa sólo se alcanza gracias a un arsenal enorme de medios de cultivo.

Y no sólo en esto llevamos la ventaja, sino también en las facilidades que la naturaleza nos presta: allá el clima es benigno, los frutos abundantes, la tierra pródiga, la vida fácil. Allá la raza y el clima dan hombres naturalmente sobrios, que sin mayor esfuerzo pueden hallar tiempo que emplear en su instrucción y en la ajena. Durante la mayor parte del año, nosotros podemos vivir al aire libre, estudiar bajo los árboles, observar la naturaleza terrestre durante el día, y por las noches, en aquellas noches únicas, estudiar nuestro cielo, el más sereno, el más límpido, el más estrellado, el más hermoso de la tierra.

No, no nos faltan ni inteligencia ni circunstancias propicias para instruirnos y para instruir a los demás. Lo que nos falta en lo que aquellos hombres del Norte nos son marcadamen-



te superiores, es *fraternidad, solidaridad*. Nos han criado en el egoísmo, hemos crecido en él, lo hemos incrustado en nuestro espíritu como ideal de sabiduría, hemos hecho de él la regla por excelencia de nuestra vida práctica.

## VIII

No hay sino recordar algunos de nuestros refranes populares, constantemente repetidos como dictados soberanos de la prudencia, para comprender hasta dónde el aislamiento y el agoísmo han llegado a penetrar en nuestras ideas y en nuestro concepto de la vida.

“Las medias, ni de seda.

El que no sale no tropieza.

Machete, estate en tu vaina.

El que no quiere ver visiones, que no ande de noche.

En boca cerrada, no entra mosca.

Cada uno para sí, y Dios para todos”.

¿Cómo se traduce en los hechos este ideal de vida agoísta?

Sin contar la política, donde el odio, el encono, la venganza, el lenguaje acre, el interés de grupo tienen un campo de acción ilimitado; sin contar nuestra vida de provincia, tan monótona y estéril, a causa de que en cada pueblo cada familia no se trata sino con las tres o cuatro del mismo partido; sin contar nuestra avaricia que ha convertido la usura en trabajo lícito y honorable, bajo el disfraz de instituciones

económicas, y hasta sin disfraz de ninguna clase; sin contar nuestra intolerancia religiosa que obliga a muchos a fingir creencias que no tienen, por evitarse enemistades y ojerizas; sin contar nuestro prurito de censura y de burla al que no viste, o se corta el pelo, o se calza o anda, o habla, o escribe de conformidad con nuestro gusto; sin contar otras muchas manifestaciones semejantes, veamos sí, por lo menos, en la vida netamente social y donde la solidaridad es el único objeto, no hallamos vivas y amenazadoras las cabezas de esta hidra del egoísmo. Fundamos una sociedad cooperativa, un centro de estudios, una sociedad de socorros mutuos, una unión o como quiera llamársela, con cualquier fin desinteresado y altruista. ¿Qué es lo primero que se hace? Someter los estatutos a la aprobación del Gobierno, a fin de convertirlos en una ley con sanción oficial. Ninguno tiene fe en que sus consocios sean capaces de cumplir voluntariamente el deber que se han impuesto a sí mismos. Se reconoce, pues, que aquella unión es ficticia, no real; puesto que no podrá vivir sobre el simple consentimiento de los asociados. Se invierte así la máxima de que la unión hace la fuerza, sin reflexionarlo, por supuesto, y se profesa la de que la fuerza hace la unión. Esto que digo no sólo cuenta para la mayoría de las asociaciones, sino para todas, aun las más desinteresadas, hasta para las que se ocupan exclusivamente en evocaciones espirituales o en estudios literarios. Examinemos los estatutos, y no faltará jamás un artículo que trate de la *disolución de la sociedad*. Aun no se halla cons-

tituida ésta, y ya se da como hecho que se acabará pronto, y que hay que pensar en el entierro. Es decir, reconocemos nuestra incapacidad de vivir asociados por mucho tiempo, nuestra ineptitud para trabajar juntos, y sólo admitimos como seguro e inevitable, que luego nos hemos de separar.

Al organizar la Junta Directiva, habrá sin remedio un fiscal, que *acuse*, que *pelee* en nombre de la sociedad; que litigue, que censure; es decir, se da como hecho que la sociedad atacará y será atacada; que en su seno habrá disensiones, y que tendrá que defenderse de sus propios miembros.

El capítulo que trata *de las penas*, habla siempre de socios que serán multados, reprendidos, *expulsados*, y prevé y reglamenta los trámites y la forma de la expulsión. La cual viene, inevitablemente después de algún tiempo, con más o menos escándalo, ocasionando siempre un cisma, y yéndose los expulsados con todo su partido, a ver cómo se vengan de los expulsadores.

Por lo general, los socios prestan juramento de cumplir las atribuciones que les marcan los estatutos, y entre las cosas que prometen solemnemente, figura *la de no trabajar contra la Asociación*, como si ésta previera en cada uno de sus miembros un enemigo, y tratara de conjurar sus ataques.

Si la asociación tuvo suerte y no murió antes de inaugurarse, lo cual es muy raro, al cabo de unos años la veremos *peleando* con otra sociedad de igual índole, que persigue exactamente los mismos fines: peleando con tal encarniza-

miento, que no parece sino que uno y otra al constituirse, no hubieran buscado otro objetivo que la discordia.

En suma, guerra intestina y guerra exterior; trabajo infecundo, escuelas de pesimismo, de donde los más entusiastas, los mejor intencionados salen enfermos, escépticos, a encerrarse en su casa, a practicar y a propagar *que no hay que meterse con nadie para que nadie se meta con uno.*

Así es como nosotros entendemos y practicamos la sociabilidad, y por eso, y no más que por eso, vivimos en la semibarbarie y en la tiranía. Ahí está la raíz central de nuestro atraso, de nuestra vida de opresión, de que nos exploten los aventureros, de que nos menosprecien y nos ultrajen los otros países; de que nuestro comercio y nuestra industria enriquezcan a las gentes hábiles que llegan a vivir entre nosotros, mientras nosotros vivimos siempre vejetando en una pobreza vecina a la miseria. Y por eso, por que somos egoístas, porque no comprendemos la solidaridad, acabarán con nosotros, cualquier día, los Estados Unidos o cualquier nación europea, de estas ávidos de territorio o de mercados.

Yo sé que esto que digo es doloroso y causará enojo a muchos. Pero no lo diría si creyera que ese era un mal sin remedio. El pesimismo, el lloriquear y maldecir sin tregua del propio país y de la propia raza, es la tarea más ingrata, estéril e inmoral de todas, porque no solo no ayuda a curar al enfermo sino que le deprime, desalienta, y le impulsa a reconocer en la en-

fermedad un estado normal. A nadie, dice Carlyle, le está bien quejarse de su país ni de su tiempo: si estos no son buenos, ahí está él para mejorarlos, y si no se siente capaz de hacerlo, mejor será para él y para todos que permanezca silencioso.

Ahora bien, yo creo, yo sé que la cura de éste como de cualquiera otro mal exige, en primer lugar, que el enfermo sepa que está enfermo y que conozca su enfermedad. Y sé además, que si no está en la mano de un hombre o de un pueblo el volverse inteligente, o hermoso, o de grande estatura, o de color diverso el propio, sí está en su mano el volverse desinteresado y fraternal. El avanzar en la bondad no estriba, gracias a Dios, ni en el clima, ni en la raza, ni en el idioma, ni en circunstancia alguna de naturaleza material, sino simplemente en querer. Es un asunto de aspiración y nada más. . . .

## IX

Enseñar a leer y escribir es, a mi juicio, una de las necesidades más urgentes de las nuestras, y un trabajo que daría ocupación noble y grata a los muchos que entre nosotros no saben qué empleo dar a sus fuerzas. En efecto, es sabido que en nuestro país mucha gente de generosas intenciones, rica o instruida, no sabe qué hacer con su dinero ni con sus luces; vive una vida llena de tedio, roída por el ocio, esterilizada por el pesimismo. ¿Qué pueden hacer? La política y las discusiones religiosas no tienen incentivo para mucho tiempo. ¿Las ciencias? Ni su

estudio ni su difusión están organizados de manera que puedan ocupar sino a unos pocos, y sólo de aquellos que tienen vocación muy marcada. El arte? Fuera de hacer versos llorones o eróticos, todavía no se nos ha revelado en ninguna de las manifestaciones que alcanza en las sociedades adelantadas. Queda la beneficencia, de la cual apenas conocemos las formas más rudimentarias: dar limosnas y visitar enfermos: formas que son insuficientes, por su puesto, porque las necesidades de los hombres son mucho más amplias; porque el dolor y la miseria humanos no se vencen con solo pan y medicinas, sino que hay que curarlos en infinitas formas.

Si venimos a ver lo que pasa, por ejemplo, en una ciudad de Bélgica en materia de Beneficencia, hallaremos cosas que nunca hemos soñado. A más del asilo de huérfanos, del Instituto de Sordo-mudos, del Hospital, del Asilo de Ancianos, de la Sala Cuna, del Asilo de Noche, del Bocado de Pan, de la Gota de Leche, del Sanatorio de Tuberculosos, encontraremos, por ejemplo, en Amberes, cantinas maternas que alimentan a las mujeres en cinta, gratuitamente, dos meses antes y uno después del alumbramiento, a fin de que el niño nazca y crezca robusto y sano. La sopa escolar, que mantiene llenas las escuelas, pues los niños de la gente más pobre son los más interesados en llegar a ellas; el Kindergarten, donde millares de niños de sirvientes y obreros pasan el día y toman un excelente almuerzo, mientras las madres van a su trabajo; colonias escolares, donde cada año van centenares de muchachos débiles y enfermizos, a repo-

nerse con aire puro y buena comida; el Monte de Piedad, que da dinero al 8% anual, y que guarda las prendas veintiséis meses para que los dueños las recojan; y cuando las vende, guarda el sobrante íntegro de la venta, seis meses, para que lo reclamen aquellos; la Obra de Vestuario Escolar, que viste año por año a millares de niños pobrecitos, a fin de que no dejen de asistir a la escuela; la colecta de Le Matín que sube de 10,000 francos anuales, y que se emplea en comprar vestidos y zapatos a los niños que salen convalescientes de los hospitales, a fin de que no recaigan enfermos a causa de la desnudez. La sociedad protectora de los niños mártires, que los defiende, los recoge y los educa. La Liga Social de Compradores, formada de las personas más ricas y encumbradas, que trabajan porque a los obreros y empleados de cada oficio, se les pague un buen salario y se les dé el necesario descanso; la Sociedad para la protección de niños anormales, que los educa en escuelas especiales, y les enseña un oficio; la Casa del Trabajo, que proporciona inmediatamente ocupación al que la solicite, a fin de que no se vea obligado a pedir limosna; los Puestos de Socorro, en diversos puntos de la ciudad, para auxiliar a los heridos, golpeados, &c., &c., mientras llega el médico o se les lleva a un hospital; la escuela desmontable, que se arma como un circo y se lleva a los lugares más apartados de los centros educativos, durante algunos meses, a fin de que los niños de tales barrios puedan recibir instrucción. La Sociedad protectora de las jóvenes, que vigila a las mu-



chachas que van del campo a la ciudad en busca de trabajo, las recibe en la estación, las instala, les busca empleo y las guarda de la seducción y especialmente de los que ejercen la trata de blancas; los calentadores públicos, donde en el invierno los pobres encuentran calor, un vaso de vino y un trozo de pan; las sociedades protectoras de los marineros, de inmigrantes sin trabajo, de extranjeros desvalidos; los cursos gratuitos en la Universidad popular; en fin, cuanto pueda imaginarse para llenar las necesidades más variadas; y todo eso, con dinero de los particulares más bien que del Gobierno o del Municipio. Estos ayudan con algo a las asociaciones que más lo necesiten; pero la gran parte del trabajo y del dinero que se gasta en esas obras viene de la colaboración voluntaria, constante, gustosa, de millares de ciudadanos. Estos se entusiasman, se enamoran de sus sociedades, y la obra realizada en común, viene a ser un *ideal*, un vínculo que les une, un motivo para vivir y amar la vida.

Entre tanto, ya se hizo entre nosotros refrán aquello de que en Centro América, el único ideal porque se puede luchar y morir es la causa unionista. Si es así, ¡ay de nosotros! porque nación tan desdichada, donde los múltiples y grandes intereses humanos no muevan a nadie; donde el trabajo, la educación, la salud, la fuerza, todas las manifestaciones y necesidades de la vida son vistas como insignificantes, y solo hay pensamiento y corazón para un secundario designio político; naciones tan infeli-



ces, digo, no tienen más porvenir que un próximo desaparecimiento.

Porque ahí donde el egoísmo es la regla, el aislamiento el método y el pesimismo el alma, la muerte ha de venir, inexorable, y no se alcanzaría a evitar con todos los gritos, protestas y discursos del Universo.

Pero, a Dios gracias, no estamos tan enfermos como parece, ni el agoísmo es allá orgánico. Hay un error de orientación y nada más. Las generaciones actuales, creadas en la antigua superstición de que el Gobierno es Dios, y la política el trabajo útil y noble por excelencia; mal informadas sobre cómo se lucha y se progresa en los pueblos cultos; ignorantes de lo que puede la asociación, porque todavía no conocen *los verdaderos métodos* para el trabajo en común, y porque las tiranías no han dejado desarrollarse el espíritu y la costumbre de la sociabilidad; y para decirlo de una vez, engañadas casi siempre, o mal conducidas por mentores que no perseguían fines desinteresados o que no tenían la preparación suficiente para conducir las, se están ahí, inertes, descorazonadas, viendo llegar un peligro que juzgan inminente, en vez de ponerse a la obra de *hacer un pueblo* que responda a las exigencias de la vida contemporánea. No es corazón e inteligencia lo que nos falta, no es capacidad de trabajo ni de sacrificio, sino método, orientación, sistema. Nosotros *podemos, debemos* hacer lo que han hecho los pueblos del Norte de Europa, lo que hace Chile; lo que ha hecho Estados Unidos, lo que han comenzado Italia y España: for-

mar un pueblo de cultura homogénea, con aspiraciones comunes; forjar una nación en que los vínculos únicos no sean los recuerdos, la raza y el clima, sino la vida espiritual, el desig-  
nio sistemado de *elevarse* por el esfuerzo de *todos para todos*.

Y en este camino, entiendo que lo primero que hemos de hacer es extirpar el analfabetismo; no fundar perezosamente hoy aquí mañana por allá, una pobre escuela que da míseros frutos, sino enseñar a leer y escribir a todos, hasta a los ciegos y sordo-mudos, a fin de ponerles en aptitud de recibir la luz, de adquirir ideas, de comprender y de actuar.

## X

La primera y ya grande ventaja que nos reportaría el acometer esa empresa, sería la de que los salvadoreños tendrían, *por primera vez en su historia*, un ideal común, generoso, fuerte y duradero, que vendría a *unirnos*, a vincularnos, a borrar tantos motivos de odio y separación que nos han dejado las luchas políticas y las rencillas religiosas.

Porque, nótese bien, nosotros no somos, no constituimos todavía una patria. Error lamentable el de creer que la temperatura, el paisaje, la raza, el gobierno, ni aun el idioma bastan para constituirla. De todos esos lazos el de mayor potencia, que es el idioma, no basta, sin embargo, para que un grupo tan grande como se quiera de hombres, pueda formar una patria.

Esta es sobre todo una creación moral, y su núcleo se encuentra en la comunidad de aspiraciones, sostenidas y perseguidas por la comunidad del esfuerzo. Ahí donde los hombres, sea cual fuere su color, su origen, sus costumbres, persiguen un mismo fin, del cual han hecho el más alto objeto de su vida, y para alcanzarlo se avienen a trabajar, a sufrir, a yudarse, a sostenerse, a tolerarse, a confraternizar, ahí hay una patria o se halla en capacidad de nacer. Mientras que la simple aglomeración de gentes sin ideales comunes, sin aspiraciones profundas que les vinculen y sostengan, así sea de hombres que parezcan todos gemelos por la extructura física, y coman, beban, se muevan, duerman y en todo vivan como si fueran infinitos ejemplares de un mismo tipo; esos digo, no tienen cohesión, no son patria; son cosa deleznable, que puede trozarse, como un árbol, como una piedra, como un bloque de arcilla, como un montón de arena. Esos son los pueblos de fácil conquista, a quienes un vecino poderoso despedaza o absorbe sin trabajo, cuando bien se le antoja. Entre tanto, ahí donde hay verdadera patria, donde un pueblo vive por y para una idea, la conquista no llega, o si llega, es como las olas cuando asaltan y cubren una roca, que luego reaparece fuerte e inconstastable. Ese es Israel, a quien nadie pudo jamás destruir; esa es Flandes, que subsistió a través de la dominación de Austria, de España, de Francia, de Holanda. Ese es el Transvaal a quien Inglaterra, con todo su poder, no pudo subyugar sino en apariencia.

Decía que los salvadoreños, pocas veces, y cada vez por escaso tiempo, hemos sentido la fuerza, el ardor, la energía que provienen de un ideal común. Sin haber llegado a la infeliz situación de otros pueblos vecinos donde la mitad de los habitantes se esfuerza por dañar a la otra mitad, podemos decir que aun no hemos alcanzado la cohesión necesaria para constituir verdaderamente un pueblo. Avanzamos, gracias a Dios: ya se olvidó el San Miguelismo, cuando San Miguel era la *ciudad* y lo demás el pueblo; ya se acabó el cacicazgo de Cojutepeque, cuando el capricho de un caudillo sublevaba las masas de indios y las lanzaba a la revuelta; ya casi está extinguido el Santanismo, cuyo lema era “que gobierne Santa Ana, y poco importa si hay libertad o tiranía”; ya es no más un recuerdo aquel odio salvaje entre estudiantes y artesanos, cuando en San Salvador unos y otros debían andar siempre agrupados, a fin de no caer en emboscadas; ya no hay aquella tirria permanente entre *masones y conservadores*, que autorizaba todos los ataques, hasta la calumnia, la injuria y el escarnio; ya no existe el insolente desprecio de militares a paisanos, y el menosprecio disimulado de paisanos a militares. Todo eso se fué, y podemos con justicia estar contentos de nuestro progreso en el camino de la fraternidad. Pero no basta: aun pueda la separación profunda entre la clase campesina, indios los más, o semi-indios, que forman los tres cuartos de la población, y la otra cuarta parte de privilegiados, que vemos con la indiferencia más cruel y absurda la suerte de quienes son,

3.—

podemos decirlo, el nervio del país, los que labran la tierra, y a quienes no volvemos los ojos sino en momentos de simulacros electorales, o cuando hay guerra, para que vayan a que los maten sin saber por qué. Nos imaginamos que el indio, el mestizo del campo, una vez que les sacó su tarea, o crió la gallina, o nos vendió el haz de leña, o nos acarreó el maíz, si le pagamos, nada más merece. Si a más de eso le vendemos *guaro* barato y le soterramos en la cárcel cada vez que el *guaro* le convierte en fiera, ya tiene de nosotros cuanto necesita. Día vendrá en que comprendamos que esa indiferencia, esa hostilidad con que vemos al indio, al trabajador del campo, es la causa de muchos de los males que nos agobian, y el escollo en que se romperán subsista, todos nuestros esfuerzos por la civilización del país. Porque este país, tal como se halla ahora constituido, es un monstruo. Es algo como la antigua Esparta, donde un puñado de ciudadanos tenía a su servicio una inmensa cantidad de ilotas. La palabra es dura pero exacta. Y sino, aquí están los hechos. Ahí, a las puertas de San Salvador, en San Marcos, Pan-chimalco y casi todos los pueblos circundantes, los pobladores, en su gran mayoría, son verdaderos parias, crasamente ignorantes, tan distanciados de la mentalidad capitolina, como un habitante de París puede hallarse respecto de un negro congolés; en Nahuizalco, pueblo de once mil indios, viven éstos en tal suciedad y abandono, como si fueran habitantes de la más apartada región de la Oceanía; en las grandes plantaciones de café, en tiempo de la corta y del be-

neficio, hombres y mujeres viven como animales, entregados a una promiscuidad tan grosera, como si en doscientas leguas en contorno no hubiera trazas de civilización; en la casi totalidad de las poblaciones menores de seiscientos habitantes, es un hallazgo encontrar por toda lectura un almanaque de Bristol y el Oráculo; en todas las aldeas, valles y caseríos y hasta en poblaciones de tercer orden, la religión no es más que un tejido de supersticiones groseras: las gentes aprenden oraciones para curarse; el duende seduce a las muchachas, la si-guanaba espanta a los caminantes, los hombres cortan hierbas mágicas y le sacan la piedra a las culebras, para vencer a sus enemigos; el credo recitado al revés, es de una eficacia indiscutible; a los niños se les inspira el terror con los fantasmas; la cantárida, los huesos de *Pocuyo*, los pelos de gato negro, las alas de murciélago, la flor del amate cortada a media noche, son el arsenal favorito de los curanderos y hechiceros; en Talpa, al haber elecciones, las cuadrillas de *electores*, que no saben qué es elegir, para qué se elige, ni cómo se elige, se cojen a machetazos y se matan por docenas: leyendo durante meses seguidos la crónica de los diarios en este año de 1913, he encontrado que el hecho frecuente, el suceso diario es el asesinato, el machetazo, el balazo; en cantidad tal, que si eso sucediera en Holanda, en Bélgica, en Suiza, países cuatro o cinco veces más poblados que el nuestro, las familias emigrarían, aterrorizadas. La vida ordinaria del peón, tal como yo la he visto por más de diez años, se reduce a esto: de martes a

sábado, *tarear*; el domingo, emborracharse, pegarle a la mujer, machetearse con los compañeros; el lunes ir a la cárcel y empeñarse por un mes de trabajo para pagar la multa. En caso de enfermedad, el indio, la india, mueren entre nosotros por falta de médico y de medicinas, y por ignorar hasta las más triviales nociones de la higiene.

Y todo eso en un reducido territorio de treinta y cuatro mil kilómetros cuadrados; tan poblado, que bien puede considerarse como una sola y gran ciudad; donde la instrucción habría de circular de extremo a extremo, y no como ahora, estancarse en la capital, y a lo sumo, en tres o cuatro ciudades más.

De cierto, si de nuestro millón y doscientos mil habitantes entresacamos los que tienen una cultura media, homogénea, no llegamos a los doscientos mil. El resto es masa, tinieblas. Es decir, que el país resulta, como ya dije, un monstruo: pequeña cabeza que vive en la luz sobre un cuerpo enorme que vive en la sombra. ¡Y con elementos así, se pretende tener libertades, respeto a la ley, salubridad, moralidad y cultura! . . . .

En los dos años últimos, los salvadoreños han viajado mucho por Europa; han andado por Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Holanda, Inglaterra, y algunos hasta por Suecia y por Noruega. Momentos ha habido en que, según mis cuentas, había en París doscientos de mis compatriotas. Había médicos, abogados, profesores, agricultores, comerciantes e industriales. Pues bien, que digan éstos, con la mano puesta en el

corazón; que digan delante de Dios: después de lo que han visto ¿creen que nuestro país esté siquiera a la mitad del camino que en Europa recorren los que se llaman pueblos cultos?

Y ese atraso lamentable ¿en qué estriba sino en que solo nos cuidamos de la cultura de unos pocos y descuidamos enteramente de la inmensa mayoría?

Laboratorios? Bueno está: Observatorio sísmico? muy bueno; pero si un día vuelven los indios de Cojutepeque, como la otra vez, vean donde entierran los instrumentos y las retortas, porque a los indios les enojan las cosas *inútiles*, y esas no son de las que resisten a los machetazos.

Y en cuanto a elecciones, ya veis que los indios de Talpa saben votar con el machete, y que si son libres cual lo fueron el año del 94, los comicios ilustres de Panchimalco abrumarán por el número y la unanimidad a los electores de San Salvador.

No, todo eso es majar en hierro frío: si no se comienza por el principio, inútil será, como ha sido hasta ahora, cuanto se escriba y se legisle tendente a organizarnos según el molde de los pueblo cultos. Y el principio, es elevar el bajísimo nivel de la mayoría; y para eso, lo primero, enseñarles a leer y escribir.

Claro que en un país como este, hay otras necesidades a cual más grandes y urgentes. Casi puede afirmarse que todo está por hacerse, y que a esas muchedumbres de campesinos ignorantes habrá que enseñarles muchas cosas: a no comer en el suelo ni con las manos, a la-



varse la boca, a no tener piojos, a no quedar bien con la novia quemando un billete de banco, a no beberse tres vasos de aguardiente de una vez, a no asesinar por cincuenta pesos, a no dar de machetazos al buey de su enemigo, a no cortar el árbol del camino, porque sí, a no matar a pedradas a los zopilotes y a los sapos, para divertirse, a no sacar el revólver por todo y para todo, a no sentirse dioscecitos cuando se les nombra comandantes, a no colgar de los dedos por orden superior, a no tener miedo del cantil y de la chinchintora, a saber que Dios no es un gran viejo de barba larga, y a que las reliquias y los escapularios no libran del infierno a quienes los llevan, si al mismo tiempo son ladrones, asesinos y estupradores. Sí, todo eso y mucho más que eso habrá que enseñarle a nuestro millón de pobres ignorantes, si queremos hacer de ellos un pueblo. Mas como no se puede todo a un tiempo, y, como en último resultado todas esas cosas han de basarse sobre un mayor desarrollo mental, vendremos siempre a la conclusión de que el principio, ha de ser enseñarles a manejar el instrumento esencial y rudimentario de la cultura, que es el libro.

## XI

En otra época los libros no eran indispensables, ni el saber leer condición necesaria para instruirse. Una organización social diferente permitía que los conocimientos más importantes se transmitieran y se conservaran de viva

voz. Así la historia se mantenía por la tradición, y las enseñanzas morales por medio de la predicación. Si a esto se añadían los viajes, ya casi estaba agotado el arsenal de la cultura. Mas ahora todo ello ha sido sustituido por el libro; predicar no sabemos, porque el predicador verdadero ha de ser pobre, con pobreza total, voluntaria y gozosa, y la pobreza nos causa horror. Cuanto a los viajes, son carísimos, requieren el estudio de varios idiomas, mucho tiempo y una cultura avanzada. A decir verdad, el viaje fué siempre un medio excepcional de instruirse, el último grado de una carrera. La tradición, que nos ha prestado inmensos servicios, dejó de ser necesaria el día en que se inventó la escritura, y fué superflua cuando se descubrió la imprenta. Actualmente solo el predicador estaría en capacidad de ser un maestro eficaz, en estos países donde el libro no puede apenas ser utilizado. Mas ya sabemos que no hay predicadores. No los hay ni para el Evangelio, desconocido ahora hasta de los que pretenden profesar sus doctrinas. No los hay, nos los tendremos, y es inútil hablar más del asunto.

Resta, pues, la lectura como único medio de comunicación espiritual. Aquel a quien le enseñemos a leer, será ni más ni menos, un esclavo redimido, uno a quien habremos dotado de un maravilloso poder, enseñándole a penetrar en los secretos de la naturaleza material y espiritual del mundo. De ahí en adelante, él será dueño de su destino, porque a voluntad podrá elevarse en la escala de la ciencia y del bien; no, como ahora, un desdichado ambriento que

tiene al alcance de la mano el pan, mas no sabe distinguirlo de una piedra.

## XII

Leer! . . . qué fuente de mejoramiento y de goces! Qué alivio cuando se está enfermo, contando las interminables horas de la convalecencia; qué fuerza en la tribulación, cuando parece que todo camino se ha cerrado; qué compañía en el destierro, en la prisión, o en la vida solitaria del campo; qué varita mágica para mostrarnos el secreto de las cosas y de los seres; qué llano sendero para visitar los países desconocidos; qué adivinación para entrar en el pensamiento de los hombres que más hondo pensaron; qué instantánea comunión con aquellos que fueron mártires de una noble causa, cuyos sentimientos y sacrificios repercuten en nuestro propio corazón; qué luminosa escala para subir desde el polvo hasta el cielo, viendo la real gerarquía de todas las criaturas; qué revelación de nuestro propio valer, que nos asienta sobre la verdad y nos hace sentir que somos libres, hermanos e iguales con todos los hombres! . . .

Un solo libro, una simple novela de Tolstoy, de Víctor Hugo, una fantasía de Julio Verne, un romance histórico de Dumas, encierran tesoros de pensamientos y de goces. La sola lectura de los Tres Mosqueteros de Dumas, que he leído diez o quince veces, significa en mi vida haber triunfado del fastidio y de la tristeza

en muchas horas negras, en las cuales, sin esa grata compañía, me habría entregado quizá al traidor consuelo del vino.

En una aldea de Ultralempa conocí a un hombre ya viejo, trabajador honrado, con numerosa familia, a quien su pobreza no le permitía diversiones costosas. Sabía leer, muy despacio, pues aprendió apenas los rudimentos de la lectura, y tenía por toda biblioteca el Conde de Montecristo, en tres grandes volúmenes con láminas, y esa era su mina. Todas sus horas libres leía su novela, que naturalmente cada vez comprendía y saboreaba más, y de solo ese libro aquel aldeano había sacado sobre la sociedad y la vida una infinidad de ideas, de observaciones y de juicio, que hacían su conversación tan grata como la de un hombre educado. Este no es un caso singular. Son innumerables, los hombres que no han leído sino uno o dos libros, desde los profetas hebreos que solo se instruían en la Biblia, hasta el campesino ruso Bondaref, que aprendió a escribir a los sesenta años, no leyó nunca sino el Antiguo Testamento, y nos dejó un libro suyo: "El Trabajo", que es una de las obras más grandes de los tiempos modernos.

Los hombres ilustres, los sabios, escritores, pensadores, que no estuvieron en la universidad ni en los colegios, y que se instruyeron ellos solos leyendo, son incontables. Porque toda ciencia está en los libros y en la vida, y el que sabe leer y observar, posee el secreto de la sabiduría.

## XIII

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Qué terrible sentencia ésta y qué exacta para aplicarla a los analfabetos! Los libros, ahí están junto a ellos; van de mano en mano, enseñando, corrigiendo, desvaneciendo errores, consolando tristezas, ni más ni menos como la luz del sol que todo lo esclarece, vivifica y llena de hermosura. Pero a ellos qué? Son ciegos, y no irredimibles como hechos de naturaleza, sino curables, fácil, sencillamente curables. Sus ojos están cubiertos apenas por un velo; una simple nube les estorba mirar. Descorred ese velo, alejad de un soplo esa nube, y vuestro hermano verá y comprenderá: el mundo de la inteligencia le abrirá sus puertas, y aquel ignorante podrá tornarse un hombre, y quien le enseñó a ver, podrá decirle con justicia: vé y anuncia que los ciegos ven, los sordos oyen, los tullidos caminan y los muertos resucitan.

## XIV

Lector, más de una vez mientras leías estas páginas habrás pensado, acaso: sí, así es, sin duda, pero yo no tengo la culpa sino el Gobierno. No coje cada año quince millones de pesos? Por qué en vez de cañones, y palacios, y embajadas y fiestas, no gasta en escuelas? Suya es la culpa y no nuestra.

Vamos a cuentas: en primer lugar los impuestos que recoge el Gobierno,—la palabra misma, *impuesto* lo está diciendo,—no son voluntarios sino forzosos. Pagamos, porque se nos obliga a pagar; no damos sino que se nos quita. Si mañana el Gobierno dijera: pague cada, uno lo que guste, y si no quiere no pague nada, con seguridad las rentas anuales no alcanzarían a la tercera parte de ahora. Por una o por otra razón, allá nos resistimos siempre a pagar los impuestos no solo al Gobierno sino a los Municipios. Es vieja la historia de San Salvador y demás ciudades donde el Ayuntamiento anda siempre inventando un arbitrio para que los contribuyentes enteren lo que deben. Ahora bien, si yo, de mi bella gracia, voy donde alguno y le digo: tome Ud. para que lo gaste en la iglesia, con perfecto derecho le podré luego reclamar le debida inversión de mi donativo; pero si ese alguien me sale al camino y por la fuerza me quita lo que llevo, sería el colmo del candor que luego pretendiera yo disponer en qué, cómo y cuándo había de gastar lo que me quitara.

Así pues, el dinero que nos quita el Gobierno, no tiene que hacer en la cuestión. Si como invierte una parte en escuelas, no invierte un céntimo, el resultado sería el mismo: que nuestra voluntad no fué consultada; que no hemos *dado nada*, y mal podemos entonces exigir que se gaste conforme a nuestro gusto.

En segundo lugar, es una hipocresía decir que es el Gobierno quien descuida la enseñanza primaria y no nosotros. Esa mentira, no por

haberse vuelto crónica ha dejado de ser una mentira. Tema de discursos callejeros, cliché de artículos de diarios; eso es entre nosotros el pretendido afán de educar al pueblo en la escuela primaria. Pero la verdad es que jamás se ha hecho una revolución, entre tantas que se han hecho, porque un Gobierno no pagaba el sueldo de los maestros; que en épocas en que el Gobierno pagaba exactamente a militares, jueces, administradores de rentas y demás personal administrativo, a los maestros de escuela se les debía hasta catorce meses, y nadie, lo que se llama nadie, había escrito ni siquiera una carta para suplicar que se les pagara; que los ciudadanos ven con la más perfecta indiferencia que la escuela se cierre, para dar la casa al Inspector rural, y hasta al circo de volatineros; que jamás se ha formado una asociación para suplir su sueldo, a módico interés, a los maestros en caso de pago tardío, sino que aquellos son siempre víctimas de los usureros más despiadados; que lejos de que el vecindario se cuide de que los muebles, libros y útiles de cada escuela se conserven lo más posible, el material desaparece constantemente, parte vendido por los mismos maestros, forzados de la necesidad, parte distraído por empleados de más categoría, que se llevan a sus casas cuanto les parece utilizable. La esfera, el mapa, el telurio, el diccionario, por casualidad quedan en la escuela: la regla es que vayan directamente a casa de quienes más pueden, y que los vecinos, no solo no lo tienen a mal, sino que están dispuestos a imitarlo cuando les llegue su turno.

En justicia hemos de confesar que allá, cuando un Gobierno hace algo por difundir la enseñanza primaria, lo hace porque él quiere; no porque nadie le fuerce a ello.

En tercer lugar, no es razón aquella de que pagamos impuestos, y que eso nos releva de toda obligación. En Francia, en Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Inglaterra, los ciudadanos pagan muchísimo más que nosotros, y allí también los Gobiernos derrochan y malgastan, sin que a nadie se le ocurra que no debe por eso trabajar para la cultura del pueblo. Si a un ciudadano de San Salvador le gravaran con los impuestos que pesan sobre un ciudadano de Amberes, de París, de Génova, moriría gritando que le habían dejado en la calle, o se iría a una tierra vecina a preparar la revolución. En solo un año el Municipio de Amberes, que ya cobraba 27 millones de francos anuales, aumentó los impuestos de la ciudad en *un millon y medio de francos*, y ninguna de las numerosas asociaciones que sostienen escuelas, asilos y otros institutos benéficos con su propio dinero, dejó de trabajar, ni se echó a la calle a decir que ya no podría continuarlo.

Los habitantes de esos países sufren tales cargas, que en justicia puede dudarse si no que trabajan únicamente para el Fisco; y a pesar de eso, dan incesantemente su tiempo, su dinero, a la obra de beneficencia y de cultura popular.

Porque eso es para cada uno un deber, y de su cumplimiento no se considera relevado



porque los que gobiernan sean locos o mal aconsejados.

Si bien se considera, la acción del Gobierno, hasta en los países más bien organizados, es de poco alcance siempre que se trata de una obra muy extensa y muy ramificada. El Gobierno puede mucho en aquellas cosas que tiene a la mano, bajo su acción inmediata; pero desde que se pasa al terreno de las cosas complejas, la cultura primaria, verbigracia, el Gobierno no puede mayor cosa.

Si los municipios y los particulares no desplegaran tanta iniciativa, la cultura de los países a que me he referido no existiría sino a medias. Esa impotencia del Gobierno crece a medida que la centralización del poder es mayor, llegando al extremo ahí donde el Gobierno es una tiranía franca. Es un ejemplo notable de lo dicho el Gobierno de Porfirio Díaz en Méjico. Este hombre, a quien tantas gentes declaraban estadista insigne y a quien solo les faltó erigirle altares, no pudo en treinta años de gobierno absoluto cambiar en un ápice la ignorancia y las malas costumbres de las masas. A penas dio la vuelta, el desorden, la rapiña, el bochinche, surgieron otra vez, y ahí está Méjico, tras de cinco años de revuelta, como si jamás hubiera conocido la paz y el trabajo.

No, no es lo mismo poner el pie sobre un bueblo y obligarle a estarse quieto, que enseñarle a que se esté quieto por su propia y consciente determinación. Oprimir es una cosa, educar es otra. Que los déspotas se contenten con hacer ferrocarriles, puentes, monumentos y otras crea-

ciones meramente mecánicas, para las cuales no se necesita sino dinero. Mas el formar hombres, el conducir y elevar el alma de la gentes, el enseñar libertad y cultura, nunca estuvo, nunca estará a su alcance. Porque nadie puede dar lo que no tiene, porque según el dicho de Jesús, no se cojen flores de los espinos, ni uvas de los cahigios.

## XV

Así, pues, dejemos en paz a los Gobiernos. Que el Gobierno haga lo que pueda; que procure no estorbarnos, que no nos hostilice, y basta. Si a más de eso logra hacer algo, real y verdaderamente *hecho*, no *declamado* o puesto en el papel en forma de ley o decreto, entonces, gracias le sean dadas, y que la gloria guarde su nombre más alla de cien años.

Y dejemos también en paz las razones de conveniencia y de política, que de ningún modo son el móvil principal de nuestra propaganda. Era necesaria hablar un poco a los que no quieren trabajar sino por la *Patria*, por la *Nación*, por el *Estado*. Necesitamos la colaboración, por lo menos la benevolencia de todos, a fin de que la obra no se vea obstaculizada; y los hombres de la política son muy de temer cuando ven una idea con desconfianza o con enojo.

Pero a quienes deseamos verdaderamente convencer y persuadir, es a los hombres fraternales que ven en el perfeccionamiento de su prójimo la preferente ocupación de su vida, su aspiración más elevada.

Te hablamos a tí, hombre sencillo, quien quiera que seas; a tí, mujer sencilla, rica o pobre, culta o iletrada, sirviente o patrona; a tí niño de la escuela y del colegio; a tí obrero del campo o de la fábrica; a tí caporal de la finca, conductor de la rēcua, jefe del almacén y del taller; a todos vosotros, innumerables gentes que tenéis por resumen de toda ciencia, por único lema de partido, por único sistema filosófico, la sentencia aquella que marca el mejor derrotero de la vida del hombre: “ama a tu prójimo”.

A tu prójimo, es decir, al que está próximo a tí, a todo aquel que de una u otra manera relaciona su vivir con el tuyo; a todo aquel sobre quien ejerces autoridad o influencia: tu criado, tu peón, tu amigo, tu discípulo; la mujer que te lava y aplancha, el artesano que hace tus muebles o tu vestido, el basurero que limpia tu casa, el vecino de tu barrio, el habitante de tu aldea.

Ama a tu *prójimo*, trabaja por tu prójimo.

Y entre las necesidades de tu prójimo, hay dos que son la vida misma, a saber, el pan y la luz. Sin pan, no podemos vivir. Sin luz tampoco. La religión de Buddha enseña que la ignorancia es la raíz de todos los males. Por ignorancia se asesina, se roba, se miente, se usurpa y se tiraniza. Donde quiera que encuentres envidia, odio, desesperación, servidumbre y despotismo, si escudriñas, encontrarás que hay ignorancia total o parcial. Desde el momento en que el hombre *comprende*, llega al *fondo de las cosas*, deja de hacer el mal.

Ahora bien, debemos a nuestros prójimos el pan y la verdad, y así como la mejor manera de satisfacer la primera necesidad es enseñarles a trabajar, la mejor manera de llenar la segunda es enseñarles a estudiar.

## XVI

Si llega a tu puerta un hambriento, es seguro que le darás pan. Aunque no tengas más que lo indispensable para el día, le darás una parte, si ves que de veras padece hambre. Si el día anterior los ladrones te robaron tu dinero, tus joyas, cuanto poseías de valor, y te dejaron arruinado, no por eso rehusarás a aquel hambriento el pedazo de pan que necesita.

Si el Gobierno absorbió la mayor parte de tu trabajo con locas o excesivas contribuciones, de seguro no dirás al hambriento: ve donde el Gobierno a que te alimente. Si tus vecinos son ricos, si rebalsan de oro, y no le quieren dar nada, no se te ocurrirá decirle: si ellos no te dan, yo mucho menos. Tampoco te detendrás a averiguar si aquel necesitado está en la miseria porque dilapidó su haber en la pereza o en el vicio. No, lo que seguramente harás, sin reflexionar, sin acordarte de los ladrones que te arruinaron, del Gobierno que te extorsiona, ni del rico que tanto posee; lo que harás sencillamente sin argucias, sin filosofías, será cojer un pedazo de pan y dárselo al mendigo. Por qué? porque tu conciencia te ha enseñado que dar de comer al que tiene hambre, no es un principio filosófico,

4.—

ni un deber social, ni un precepto político, sino una *obra de misericordia*, es decir, de algo que está por encima de la propiedad, de la política, de la filosofía y de la justicia; porque la voz que te dice da, no viene de los hombres ni del tiempo, sino de tu espíritu y de la Eternidad; no viene de las cosas sino de Dios.

Al mismo nivel que *dar de comer al que tiene hambre*, se halla entre las obras de misericordia *la de enseñar al que no sabe*. Porque una y otra satisfacen las dos primordiales necesidades del ser, que son conservar y perfeccionar la vida del cuerpo y la vida del espíritu. El hombre es un ser doble: materia y espíritu, vinculados de tal manera que todo acto del uno refluje e influye sobre el otro. Así, que cuando abandonas o descuidas el enseñar al que no sabe, cometes un pecado tan grande como si negaras el pan al que tiene hambre.

Y aquí tocamos con el lamentable yerro que cometes cuando abandonas en manos del Gobierno el cuidado de la enseñanza. Por qué no le confías también la iglesia? De dónde has aprendido que el ejercicio de la caridad, de la piedad es cosa que puede renunciarse en manos de representantes? La obligación tuya de dar de comer al que tiene hambre, de enseñar al que no sabe, de dar de beber al que tiene sed, es irrenunciable. Tu amigo, tu hermano, tu padre, tu propia madre no tiene derecho a eximirte de esas funciones. Ya había de tenerlo un Gobierno? Tanto valdría decir que podemos confiar al Gobierno el cuidado de amar a Dios por nosotros, de ser religiosos por nosotros.

Verdad es que los que gobiernan, y especialmente los que sostienen su prestigio con la pluma y con la palabra, son propensos a creer que el que gobierna es dios o semidiós. Por eso han inventado multitud de teorías para convencer a los pueblos de que el Estado y sus representantes, poseen no sé qué derechos sin límites, no sé qué bondad y sabiduría supremas, que les permiten sustituir con ventaja a los individuos hasta en las funciones más personales y más graves. Mas para un cristiano y aun para todo creyente, no es posible colocar al Estado en vez de Dios, y entre amar a Dios sobre todas las cosas y someterse al Estado en todos los casos, preferirá el amor a Dios y cumplir él mismo sus mandamiento directamente, y no confiarlos al Estado, que los cumple casi siempre muy mal o no los cumple de ninguna manera.

## XVII

Conviene que concretemos bien este asunto a fin de que la norma de nuestra conducta en lo relativo a dar el pan y la enseñanza quede perfecta y claramente determinada.

Supongamos que yo vivo en una aldea, que soy pobre y que toda mi instrucción consiste en saber leer y escribir. Yo he notado que la escuela de niños de mi aldea pasa lo más del año cerrada, o que si está abierta es a cargo de maestros que por una u otra causa, no hacen adelantar a los muchachos. Además hay bastantes adultos que no saben leer y escribir, entre ellos

mi peón y mi criada. En el Diario Oficial he leído un artículo en que, entre muchas cosas que no entiendo, se dice que el Gobierno, que vela paternalmente por todos nosotros, en su incansable afán de progreso, piensa fundar escuelas hasta en los últimos caseríos; que a medida que las circunstancias del Erario lo permitan, el maestro, ese apóstol, ese mártir, ese... &&&, irá difundiendo la luz hasta en los últimos ámbitos del país; que tan pronto como otros ingentes y perentorios intereses no absorban su atención; que apenas haya cumplido con el imperioso deber de restablecer el crédito y asentar las finanzas sobre científicas bases &, &, &, entonces habrá escuelas para niños y grandes, conforme a los procedimientos más avanzados, &, &, &.

Le muestro el artículo a mi compadre Chico, hombre curioso y amigo de guardar papeles, y da la casualidad que en un diario de hace diez años que tiene en el asiento de su cofre, hay otro artículo tan parecido al de hoy, que sin duda este es hijo legítimo del primero. Mi compadre asegura que si tuviera tiempo de rebuscar, hallaría otro artículo que sin duda es el abuelo del que acaba de aparecer.

Vamos los dos a tratar del caso con el Dr. del pueblo, y este nos afirma que mientras el Gobierno esté en manos de esos retrógrados, de esos conculcadores, de esos violadores de las leyes, etc., el pueblo yacerá en la ignorancia; que el único remedio es hacer la revolución y llevar a la presidencia al invicto, al eminente, al preclaro ciudadano F. de T. que está pronto a sacri-



ficar su tranquilidad en aras de la patria, &., &. Yo casi me avengo al parecer del Doctor, pero el compadre Chico dice que, lo vamos a pensar, y ya en la calle me dice que si no tengo memoria; que me acuerde que eso se decía hace cinco años para subir a X, hace diez años para trepar a N, y hace quince años para encaramar a Z. Vuelto yo a mi casa, reflexiono. Como no tengo ningún motivo para dudar de las excelentes intenciones del Gobierno de hoy, ni del que habrá cuando suba el candidato del Doctor, ni del que hubo antes del que hay ahora, vengo a caer en la cuenta de que todos ellos desearon, desean y desearán instruir al pueblo y enseñar a todos a leer y a escribir; solamente, que, puesto que no lo han hecho todavía, es sin duda por que la cosa es muy difícil, sumamente difícil.

Esperar que el Erario se desahogue, que los otros imperiosos deberes se llenen, que el crédito se restablezca, que las finanzas se asienten y que las circunstancias permitan, es cosa grave. Ya van tres generaciones que se quedan sin aprender a leer y a escribir, esperando todas esas cosas, y la prudencia me aconseja buscar un camino más *derecho*, una vereda, si es que no se puede andar por el camino real.

Una vereda.....

De pronto me acuerdo que el Catecismo, al hablar de las obras de misericordia espiritual, dice: *la primera enseñar al que no sabe.....*

¡Loco de mí, que andaba buscando en la calle lo que tengo en mi casa; loco de mí, que andaba tras del Gobierno y de la revolución y de la Economía política y de no sé qué más para que



me hicieran tarde, mal o nunca lo que yo debo y puedo hacer pronto y bien hecho; loco de mí, que no veía que este no es asunto de ámbitos, ni de finanzas, ni de bases, ni de circunstancias, sino obra de misericordia, que obliga a todo cristiano, en todo momento, con o sin ayuda de los demás!

A la obra, pues, a trabajar yo, por los que habitan en mi aldea, a enseñarles a leer y a escribir. Primero veré si los demás vecinos quieren que nos asociemos todos, para fundar una buena escuela donde buenos maestros enseñen a chicos y grandes; si no quieren, buscaré la ayuda de un grupo de amigos, a fin de que paguemos siquiera un buen maestro que enseñe a leer y a escribir; si no aceptan, le hablaré al compadre Chico para que entre los dos busquemos algún vecino o vecina que tenga tiempo, y les enseñe el silabario y a medio escribir a nuestras dos criadas y a nuestros peones. Y si aun el compadre Chico me deja solo, yo solo, a ratos, y como pueda, le enseñaré a mis sirvientes lo que yo sé: a firmar y a medio leer; tal como dí al hambriento lo único que tenía cuando me pidió limosna: un pedazo de pan.

De este modo, de aquí a un año, digamos de dos años, habrá dos personas más que sabrán leer y escribir, y yo habré cumplido sencillamente con mi deber, sin ámbitos, sin erario desahogado, sin revolución, sin finanzas científicas y sin embolismos.

Tal es la conducta que conviene a un cristiano en ese y en todos los casos en que su deber de trabajar por su prójimo le mueve a la

acción. Si el Estado quiere y puede ayudar, buy bien. Si no puede o no quiere, adelante cada uno con su acción personal.

## XVIII .

A decir verdad ese perpetuo intervenir del Estado es funesto para la conciencia de los individuos, quienes se acostumbran poco a poco, a no pensar, a no cuidarse de las cosas que más les importa. ¿Qué significa, por ejemplo, el hecho de que centenares de nuestras aldeas carezcan de una escuela, sino que hemos abdicado de nuestro carácter de hombres fraternales para convretirnos en simples piezas del mecanismo que llaman Estado? ¿Por qué no tiene cada población su escuela, su hospital y su hospicio, así como tiene su iglesia? ¿Por qué no hay fondos para sostenerlos? Pero si hay para el patio de gallos y para el estanco, no veo por qué no ha de haber para instruir a los analfabetos, para curar a los enfermos y para asilar a los huérfanos. Apenas habrá pueblo entre nosotros que no sostenga uno o dos estancos y su cancha de gallos. Y para sostenerlos no solo no le pedimos auxilio al Gobierno sino que le pagamos una contribución.

Si mañana el Gobierno estableciera un impuesto sobre las iglesias, éstas seguirían abiertas, porque los fieles no querrían, por ahorrarse gastos, privarse de un templo donde ir a celebrar su culto. Así también los fieles del estanco y de la cancha de gallos, soportan contentos

las fuertes contribuciones que pesan sobre esos templos del juego y de la bebida.

Y es que los hombres viven de su fe, gastan y trabajan para su fe y por su fe se hallan dispuestos a sacrificios y esfuerzos. Y para el caso, lo mismo es creer en Dios que en el Demonio, pues con el mismo ardor con que los creyentes en Dios sostienen las iglesias, los creyentes en el Diablo sostienen el estanco y el patio de gallos.

Así es que el mal, el verdadero mal, no es sino que nuestra fe se ha desviado; en vez de creer en nosotros mismos, en la voz de nuestra conciencia, en la valía de nuestra acción personal, en la edificacia todopoderosa de nuestra voluntad regida por las leyes divinas que nos imponen la misericordia, creemos en el Gobierno, y aceptamos que él piense, quiera y trabaje por nosotros.

Y el resultado de esta abdicación es que allí donde habían de existir diez escuelas, existe una; donde hacen falta tres hospitales, gracias si contamos con uno, y donde habría necesidad de muchos hospicios, tenemos en su lugar muchos estancos.

Esto no es atacar al Gobierno, ni rechazar su colaboración, sino hacerse cada uno cargo de su deber y de su responsabilidad. Si el Estado ayuda, muy bueno, si no ayuda, no vamos por eso a vivir como bestias. Los hombres, donde quiera que vivan, lo mismo en una capital que en la más obscura y miserable aldea, son hombres y no rebaños. Y deben pensar constantemente en que una ley más alta, más sabia que

todas las leyes humanas, les impone el cumplimiento de ciertos deberes, de los cuales nadie puede eximirles, y a cuyo servicio se consagrarán con más devoción y más directamente, aquellos que de la vida tengan un concepto más elevado, aquellos que tengan más fe, aquellos que mejor sepan oír y comprender la voz de Dios.

## XIX

Si alguna vez se hizo oír clara y perentoriamente esa voz fué para encarecer la necesidad en que todos estamos de disipar la ignorancia. El que tiene una luz, dice el Evangelio, póngala, no debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que ilumine a todos los de la casa. Y en la ocasión más grave de su vida, ya cuando va a expirar, Jesús declara la irresponsabilidad de los ignorantes: "PERDONA-LOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN". Así es, en verdad: el ignorante no sabe lo que hace, mas no por eso es menos temible. Irresponsable y todo, es nuestro más peligroso enemigo. Se cuenta, aun en un país tan de ayer como el nuestro, es ya muy crecida, y sus partidas se han escrito con sangre. Recuérdese no más aquella matanza del *veintiuno* en San Miguel; aquel derrocamiento inesperado de uno de nuestros mejores gobernantes, aquellas insurrecciones de los indígenas de Cojutepeque, y más tarde aquellas guerras contra Guatemala, que nadie todavía sabe por qué fueron. Tales sucesos no son posible sino en pueblos donde la ma-

sa predomina, donde la ignorancia es tan grande que los hombres son azuzables como perros bravos; donde a la voz de un temerario, la horda se alza ciega e impulsiva, y sirve devotamente a las peores causas.

Eso los adultos. Y los niños? ¿Hay nada que más interese al bienestar, al buen nombre, a la honradez de un pueblo que el instruir y educar a los niños? ¿No es ya verdad vulgar que cada niño que se deja inculto, es la semilla de un ladrón, de un jugador, de un esbirro, de un asesino? ¿No sabemos todos que la verdadera posibilidad de regeneración y de progreso de todo pueblo está en cultivar sus niños, mejor que fueron cultivados los que son ahora adultos?

Nosotros los que ya somos viejos o siquiera hemos pasado la medianía de la vida, no tenemos fácil remedio, probablemente continuaremos y acabaremos como somos, malgrado las leyes, los discursos, los programas de gobierno y las mil promesas de enmienda que nos hagamos a nosotros mismos. Ya tenemos los huesos duros y, salvo que hagamos un heroico y tesonero esfuerzo, cada uno sobre su propio carácter, moriremos cual hemos vivido: hablando mucho, diciéndonos lindezas, mintiendo con o sin motivo, armando bochinchas y disputándonos el Poder y la Tesorería. Pobres de nosotros! Ignorantes, que no sabemos lo que hacemos, Dios nos perdonará, y también nos perdonarán nuestros descendientes. Merezcamos siquiera su perdón, abriéndoles un camino mejor que el que nosotros hemos recorrido: instruyamosles, eduquémosles; enseñémosles siquiera a leer y a escri-

bir; para que mañana no digan de nosotros con justicia: Ah! si aquellos hombres nos hubieran hecho menos bestias. Ah! si en vez de palacios y fiestas y tantas ametralladoras y tanta literatura mentirosa, hubieran creado en cada aldea, en cada villorrio, en cada valle, una buena escuela donde hubiéramos aprendido siquiera a leer y a escribir!...

## XX

Si bien lo reflexionamos, nada hay que más pueda inquietarnos que este asunto de los niños. Todo hombre prudente, al hallarse en presencia de un niño, habrá de sentir no solo inquietud, sino temor, porque, en verdad, ese niño puede ser la causa de que a él se le pidan cuentas muy estrechas. Tomemos sino, un niño de cinco años, sea quien fuere que sus padres sean ignorantes o instruidos, buenos o perversos, pobres o ricos. Tal niño, hasta ahora, es un inocente, es una florecita, es lo mejor que existe sobre la tierra. Digamos que sea feo, torpe, enclenque y hasta de visible malas inclinaciones. Digamos que es hijo del ladrón o del asesino que espía sus crímenes en la cárcel o de la prostituta que acaba en el hospital su vida depravada. No por eso el niño es todavía otra cosa que un inocente. No ha matada, no ha robado, no ha calumniado. No es él quien juró perjurando, no es él quien explotó la miseria de su prójimo, no es él quien torturó, quien falló injustamente, quien tiranizó a sus compatriotas, quien falsificó la

medicina, quien despojó, ni amasó, en fin, su pan con el dolor y la vergüenza ajenos. El está ahí, limpio, sin pecado, ajeno a la marejada de iniquidades que pasan bajo sus pies, como un ángel en el antro de los leones, que no se atreven a mirarle siquiera. El destino cierne sobre él todos sus misterios, sin que él pueda ni aun sospechar qué habrá para él en las entrañas de aquella nube que se llama el mañana. Está ahí, confiado e inerte, y ni siquiera nos pregunta qué es lo que vamos a hacer con él. Mas abrid los ojos, y veréis que tras de él, una mano desconocida y amenazadora traza el signo de interrogación, y os dice: ¿qué haréis con este niño?

Ahora nos toca responder, o prepararnos para la respuesta. No más habrán pasado quince años, menos acaso, y otra vez, más visible y amenazante, veréis aquel signo interrogador que os pregunta: Qué hicisteis de aquel niño? En verdad, jamás habrá herido los oídos nuestros pregunta más terrible. Porque ya no será siquiera la voz que dice a Caín, qué has hecho de tu hermano, sino esta, cien veces más severa y amenazadora que nos dirá: Qué hiciste de aquel ángel? Qué hiciste de aquella florecita? Qué hiciste de aquel inocente que ignoraba lo que era el mal, de aquel pajarito que no sabía sino cantar a la aurora y adormecerse con la tarde?

Y tú y yo, y nosotros todos, habremos de responder, sin mentira, sin preámbulos, sin embrollos, sin flores de retórica, ni citas de historia, ni interpretación alguna de artículos de códigos, sin enredo alguno de cuantos sirven



para evitar la condena. “Hicimos este ladrón, o hicimos este jugador, o hicimos este asesino, o hicimos esta prostituta, o hicimos este verdugo”.

Duro, durísimo trance aquél, y no dudo que trataremos de esquivarlo. Por mí, estoy dispuesto a que nos escondamos en la más oscura caverna, detrás de la roca más innaccesible, en el desierto más desolado, en las entrañas mismas de la tierra, y, si es preciso, en el seno mismo de la muerte.

Mas ay! a dónde iremos que aquella voz no nos alcance y aquellos ojos no nos descubran? No, todo será inútil, y habrá que hacerse presente y responder.

No es verdad que es cosa terrible esto de tener que hacer con los niños?

Por eso se dijo: bienaventurados los vientres que no concibieron; por eso decimos, bienaventurados los hombres que comprendieron la fuerza y la necesidad de aquel precepto que dice: enseñad a los que no saben; bienaventurados los pueblos donde los que mandan y los que obedecen saben y practican que todo progreso es mentido, toda ley inútil o dañosa, toda institución deleznable, sino se atiende antes a cultivar al hombre, bienaventurados en fin, los que según sus fuerzas y con espíritu sencillo, se aplican a dar a sus prójimos el pan espiritual.

*ALBERTO MASFERRER.*

Roma, diciembre de 1913, y Florencia, enero de 1914.





# LA CULTURA POR MEDIO DEL LIBRO



**S**ERIA empresa digna de acometerse el fundar y sostener *una biblioteca municipal en cada población de la República.*

No se trata de un trabajo fácil; exigiría *desinterés, constancia y método*; unos diez años de labor, y un gasto aproximado de quinientos mil pesos.

Pero una vez realizada y afirmada esta fundación, había derecho para grabar en la frente de nuestro país la palabra CULTURA; y aquellos a quienes se debiera esa obra, tendrían derecho a ser considerados como *grandes benefactores* de la Patria Salvadoreña.

No pensamos, ni por un momento, en un Decreto del Gobierno, *creando*, nominalmente, las bibliotecas municipales; no pensamos en un Decreto de la Asamblea Nacional, *voteando para* fundar esas bibliotecas una fuerte suma de dinero, que no tiene el Fisco, ni tendrá en muchos años. Nuestro pensamiento se concreta alrededor de *una empresa colectiva*, realizada y sostenida en colaboración por el Gobierno, las Municipalidades, los propietarios, los maestros, la prensa; en fin, por todos aquellos elementos que

5.—

son fuerzas vivas en la Nación. Especialmente los municipios; incluyendo entre los contribuyentes de cada municipio, a los extranjeros establecidos.

Desde luego, adviértase que no perseguimos la fundación de bibliotecas al modo clásico, ya fuera de la época, ineficaces, antieconómicas e incompletas. Aquello de un vasto caserón rebozando papeles, donde se acumulan de hora en hora cuantas boberías y fastidios trasuda el pensamiento humano; donde por cada *libro* que ingresa, muy de tarde en tarde (porque un *libro verdadero*, así como un canto, una estatua o un cuadro verdadero sólo se producen muy de tarde en tarde) ingresan centenares de volúmenes ineptos; aquellas *bibliotecas* reales, no son las que necesita una Democracia incipiente, urgida de que se la enseñe a deletrear. Si acaso, aceptaríamos la utilidad de la biblioteca grande, con treinta, con cincuenta, con cien mil volúmenes, únicamente para San Salvador.

Mas no para nuestras cabeceras departamentales o de distrito, y mucho menos para la casi totalidad de nuestras poblaciones, que son, por su tamaño y número, simples aldeas, y por su bagaje mental, casi lo mismo.

En suma, nos referimos a la *pequeña biblioteca*, adecuada a la comprensión del mayor número y no al sibaritismo intelectual de unos cuantos; en relación con la capacidad económica de cada lugar, y no como una carga que esté siempre necesitando de subsidios y sacrificios.

Pequeña biblioteca, no quiere decir ineficaz, inadecuada, exigua. Afirmamos que mil volúme-

nes escogidos, sabiamente *escogidos*, formarían una excelente biblioteca para San Miguel, Sonsonate, San Vicente, Ahuachapán, y dos o tres ciudades más. Seiscientos volúmenes bien seleccionados, serían un tesoro para casi todas nuestras cabeceras de distrito. Trecientos volúmenes *adecuados*, harían en cada población de las restantes, un beneficio tan grande como el alumbrado eléctrico o la introducción del agua por cañería.

¿Se imagina el lector la cantidad de grato pasatiempo, de ciencia, de arte, de buen gusto, de poesías y nociones prácticas que pueden encerrarse en trescientos volúmenes bien escogidos? ¿Y cuánto tiempo necesitaría una persona discreta para leer con provecho trescientos volúmenes? Suponiendo que leyera cada libro *una sola vez*—y un buen libro nunca se lee una sola vez—necesitaría trescientas semanas, a razón de un libro por semana. Es decir, *seis años*, aproximadamente.

De tal manera, que si a una biblioteca de trescientos volúmenes ingresaran cada año *no más de treinta libros nuevos* (que no valen arriba de un centenar de colones) *siempre habría* en dicha biblioteca una gran cantidad de lectura nueva, hasta para esos glotones que en vez de leer devoran libros.

Hablamos de *fundar una biblioteca en cada población de la República*. Hablamos de una *empresa nacional*, realizada en colaboración por las municipalidades, los propietarios, el Gobierno, la prensa, los maestros, los obreros; por todos, en fin.

Hablamos de pequeñas bibliotecas, de trescientos a mil volúmenes cada una, *bien seleccionados*; sirviendo como criterio para esa selección, *la mentalidad media actual* de cada ciudad o pueblo. Hicimos la cuenta de que, con una renovación de *treinta volúmenes anuales* en cada uno de esos centros, habría *siempre* lectura nueva y copiosa para los más asiduos lectores.

Surge ahora, y en primer lugar, esta pregunta: *¿Qué fines principales* tendrían aquí en El Salvador esas bibliotecas?

Estos: primero, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la República;

Segundo, contribuir poderosamente a extirpar el analfabetismo; pues una vez que los padres de familia *se aficionen* a la lectura y comprendan sus grandes beneficios, harán todo esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y a escribir.

Tercero, crear un nivel de cultura media general, *que no tenemos*, y sin el cual las aspiraciones de libertad, democracia, orden, salud y bienestar son irrealizables;

Y cuarto, procurarnos una extensa *comunidad mental que nos vincule y nos oriente*; sin la cual viviremos siempre en total anarquía de ideas y de aspiraciones, tirando cada uno la manta para su lado, y sin posibilidad ninguna de transformar en *nación*, lo que hoy es simplemente *un territorio* muy poblado.

## II

Si el lector medita sobre el alcance de cada uno de estos fines, verá que la fundación de bibliotecas municipales en grande escala, si se establecen siguiendo un plan bien meditado, sería una empresa de trascendencia incalculable; sería crear un instrumento de cultura, superior tal vez en eficacia a cuantos ahora poseemos.

Detallemos un poco la exposición y ventajas de cada uno de estos fines:

El primero, dijimos, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la República.

El tedio es uno de los peores enemigos del hombre. Si no se incluyó entre los pecados capitales, es porque el tedio, más que un pecado es una enfermedad; una enfermedad radical, puesto que daña o arruina el espíritu, y con este, el cuerpo. "Consolar al triste" es una de las Obras de Misericordia. El tedio es la tristeza llevada al punto de gangrena. El que está simplemente triste, padecerá él solo; quien padece de tedio, hará padecer a los demás, porque el tedio se resuelve en aversión y aborrecimiento de la vida, es decir, de todo cuanto nos rodea. Aquel discreto Abad que obligaba a sus monjes a destejer hoy las cestas que habían tejido ayer, sabía muy bien que debe combatirse el tedio a toda costa, porque donde él entra y domina, todo se vuelve negruras e infestaciones.



Ahora bien, El Salvador es uno de los pueblos más tristes de América; uno de los pueblos en que la vida es más melancólica y tediosa. No inquirimos ahora las causas de esta modalidad; simplemente hacemos constar el hecho, y lo evidenciamos. Sirvan como testigos en primer lugar, nuestros lectores que hayan viajado un poco. ¿Encuentran, ni remotamente, un término de comparación entre la alegría nuestra y la de los franceses, por ejemplo? ¿Han visto aquí los grupos de estudiantes que se ven en Bruselas, cantando en pleno bulevar, a las diez de la mañana a los compases de un acordeón? ¿existe aquí la canción popular que se oye en la Europa del Norte surgir espontáneamente de un grupo de obreros, de estudiantes o de soldados, o de simples vecinos paseantes que se encuentran en el teatro, en la calle, en el campo? ¿Qué hacen los salvadoreños (salvo los que a fuerza de dinero se procuran algunos pasatiempos) los días festivos? Aburrirse, encerrarse, carambolear como todos los días en los billares, o irse a la cancha a matar gallos. En Europa, en habiendo asueto, el burgués coge su cesta al brazo, la guarnece de un pan, de un trozo de jamón o de queso y de una botella de vino, e *inunda* los parques y los bosques, donde ríe, canta, baila, corre, se vuelve niño y se aprovisiona de vigor y alegría para el resto de la semana. Nosotros, ¿qué sabemos de tales recreos?

En Chile, durante los días de labor, el chileno parece una máquina, atareado, callado, casi taciturno, como si todo su ser no estuviera capacitado sino para el trabajo. Pero el sábado

por la tarde, cerrados ya el taller, la oficina, la fábrica, el chileno se entrega con todas sus potencias a la más estruendosa y vigorizadora alegría: al baile de la *cueca*, que es la combinación más feliz del canto, el baile, el recitado y otras formas de contento. Quien no ha visto bailar la zamacueca, al modo de Chile, con *tamboreo* y *wifa*, al son del arpa (que es allá el instrumento popular), tocada por una moza gentil—al arrullo de una canción que entonan otras dos, mientras golpetean con los nudillos en la caja del instrumento; salpicada la danza con recitados, y fundido todo ello en el coro de los espectadores que marcan los compases con palmoteos... , quien no ha visto y oído la *cueca*, decimos, no sabe lo que es alegrarse ni mandar al diablo las penas de hoy, las tristezas de ayer y las inquietudes de mañana.

¿Para qué decir nada de los yanquis? El norteamericano, así con su afán de millones, su atmósfera de carbón y su *país de hierro*, es el hombre que más se divierte bajo el sol; el más capaz de divertirse, el que con más espontaneidad y rapidez se entrega al sport, al baile, a la risa, al juego en todas sus formas, al paseo en calles y parques, a la lectura de recreación y distracción. El neoyorquino, en aquella infernal Nueva York, juega pelota todo el año, a toda hora; si llega un camión a descargar o a llevar cualesquier cosas, mientras se abre la casa o el almacén, el chofer, el peón, o el factor descienden inmediatamente, y emprenden un *math* con el primer chiquillo de buena voluntad que pasa por ahí. Recordamos que un día, a eso de las

cuatro de la tarde, en un trayecto de doscientos metros en la Calle 98, contamos *diez y nueve grupos* de jugadores de pelota; niños de escuela, muchachas y muchachos, obreros y factores, jóvenes y viejos, vecinos que salieron de sus casas y dependientes que dejaban un momento sus tiendas, para echar una mano en el juego. Jugaban la pelota de mano a mano; contra la pared; con pala; tirada a lo alto; en mil maneras, sin cuidarse de nada ni de nadie, como si fuera un pueblo de niños, donde la ocupación más grave e importante fuera el peloteo.

Por eso es aquel pueblo tan fuerte: *porque es alegre*. Por eso nuestras mujeres, que aquí agonizan de monotonía en su lucha sempiterna y trivial con la criada, suspiran por vivir en Nueva York, no obstante que allá tienen que servirse a sí mismas, y cargar con todos los quehaceres y faenas.

Por eso nuestros jóvenes, no obstante vivir aquí maldiciendo del yanqui, de palabra y por escrito, una vez allá no quieren regresar, y si vuelven, se empeñan en simular la vida que allá hicieron. Pues, en verdad, la vida melancólica, uniforme, tediosa que llevamos en nuestra tierra, seca todos los manantiales del vigor, y convierte el ánimo en un yermo donde sólo brotan flores de gozo efímero y malsano, a fuerza de provocarlas con tabaco, licor, morfina y toda clase de excitantes.

## III

Hablando de diversiones en este país, no hemos de contar San Salvador. Aquí tenemos el Cine, el Hospital, el Cementerio; la misa cuando hay buena orquesta; ir a Mejicanos, a respirar polvo (no inodoro), y a comer allá, en el suelo (tampoco inodoro) cosas que, para ingerirlas, más que de apetito se requiere de mucho valor y ningún olfato. En días venturosos tuvimos a nuestro Lagos y Lagos, que nos hacía reír la buena risa. Teníamos también los conciertos, tan alegres y civilizadores; pero nuestras discretas señoritas y sabias señoras han descubierto que no es de buen tono ir al concierto; que lo *chic* es aburrirse en casa. Y si no van ellas, ¿a qué iríamos los demás?

Con todo, admitamos patrióticamente que San Salvador es alegre. Y admitamos que lo son también, Santa Ana, Ahuachapán, y alguna otra. ¡Pero y el resto, señor! Verdad que toda población tiene sus estancos, y que ahí el pueblo soberano se divierte a su guisa, con una guitarra de clavijas versátiles, *guaro* a pasto, y tal cual machetazo descomunal que contrarresta el excesivo número de nacimientos.

La verdad es que todo ello junto no alcanza a merecer para nuestra República el dictado de nación divertida. Un cantarcillo popular que se oye con frecuencia en nuestras aldeas, podría servir a los que gobiernan para formarse un criterio justo sobre la necesidad de crear diversiones para el pueblo:

“¡Qué cosas las del Alcalde!  
Quiere quitar la bebida,  
Sabiendo que el hombre pobre  
Sólo *bolo* tiene vida...!

¿Oyó, señor Alcalde? El hombre pobre, sólo borracho tiene vida... aquí entre nosotros, donde usted y colegas, en vez de esforzarse en darle al pueblo diversiones honestas, le han quitado, so pretexto de cultura y de modernismo, hasta las escasas que aún tenía. Le han quitado hasta aquel saludable, gratísimo e inocente juego de las bolas, que en todas las aldeas salvadoreñas servía de *billar de los pobres*, y en vez de ésa, le han dejado el de los *bolos*, que comienza en alegría, sigue en ridiculez, continúa en estupidez y brutalismo, y acaba muchas veces en sangre.

Pues bien, si fundáramos las bibliotecas municipales sobre la base de *lectura amena*, habríamos hecho algo muy importante en este ramo de crear diversiones para el pueblo. Lectura amena, sobre todo. Nada de Imitación de Cristo, ni de Shopenhauer, ni de Paul Bourget, ni del millón de filósofos, novelistas y sabios que se propusieron acabar con la escasa alegría que aún conserva la triste humanidad, sino libros alegres, regocijados, alentadores, que traen buena digestión y buen sueño: Julio Verne, el Robinson, Cuentos de Crimm y de Perrault, Mil y Una Noches, Samaniego, Luis Taboada, Dumas Padre y Walter Scott, Zorrilla y Bretón de los Herreros; libros de viajes, libros de imagina-

ción, libros de poesía: alimento sano, grato, asimilable.

Los primeros cien libros de cada biblioteca han de ser así: libros de risa, de belleza, de fantasía, de sugestiva y honda emoción, para que el pueblo se aficione a la lectura. Hemos de tratar a esos reacios y perezosos lectores así como a los niños; o mejor dicho, hemos de aprender de los niños el arte de formar lectores. ¿Qué es lo que los niños prefieren? Libros de cuentos, y más *si tienen láminas*. Si se le dan libros de cuentos, el niño se pasará las horas y los días leyendo. Si se le dan tratados de Algebra, Guías de Pecadores, Pesaderías de Samuel Smiles y de Marden, el Arte de los Negocios y otros tales, preferiría mil veces jugar trompos, mica y otras diversiones que realmente lo son. En caso semejante, el obrero, el campesino, el pequeño burgués, prefieren el estanco y la guitarra, aunque sea recordada con pita de cáñamo.

¿Qué número de fieles quitaríamos al patio de gallos y al estanco, una vez que en cada población del país hubiera una pequeña biblioteca donde el pueblo encontrara lectura *verdaderamente divertida*? Un número muy grande, sin duda, pues el libro llega también a convertirse en vicio, y todo vicio es absorbente, y por ello, excluyente.

Si comprendemos bien el problema que se trata de resolver con el establecimiento de las bibliotecas municipales, veremos que no es sino *enseñar a leer* a nuestro pueblo. Al niño, mal o bien, se le enseña a leer en la escuela, y si *todos* los niños pasaron por la escuela y *aprendieran*

ahí esta primera parte de la lectura que llaman deletrear y *decorar*, el problema se resolvería por sí mismo, *hasta cierto punto*. No habría sino esperar que todos los viejos analfabetos nos fuéramos muriendo, y a la vuelta de unos treinta años contaríamos con una generación en que el analfabeto sería la excepción y no la regla.

Pero en la realidad de los hechos, más de la mitad de los niños salvadoreños no asiste a la escuela, y muchos de los que van no alcanzan ahí a comprender *el mecanismo* de la lectura, Mas, suponiendo que todos los niños lo aprendieran, ello no fuera sino una media resolución del problema, un paso en la jornada; puesto que entre uno que sabe la lectura mecánica, y un lector, la diferencia es enorme. Lector es aquel *que tiene el hábito de leer*. Ese hábito no se adquiere en nuestras escuelas ni en la mayor parte de las escuelas de Centroamérica, sino rara vez, eventualmente. Y lo mismo sucede, con atenuaciones, en Europa. No es afirmación nuestra, sino de los educadores suizos, quienes, hablando de la escuela suiza (una de las mejores del mundo) afirman que, generalmente, “los niños salen de la escuela con *una marcada aversión* a los libros; que la escuela *les mata la curiosidad*”. Ahora bien, cuando un niño sale con *aversión* a los libros, con la curiosidad extinguida, podemos decir de él que es un fracasado, en cuanto se relaciona con su futuro cultivo mental por medio del libro. Ese niño *no será* lector, salvo que se le sujete a una disciplina especial que reviva su curiosidad. Pues la curiosidad es el móvil mayor y más constante de todo aprendizaje.



Esa disciplina especial, llamada a complementar la acción de la escuela o a *corregirla*, es la biblioteca municipal, la biblioteca popular, que nunca llenará sus propósitos si no admite como primordial y necesaria condición, la de proporcionar *lectura amena*; la de ser, antes que un centro de instrucción, *un centro de recreo*.

## IV

El segundo de los propósitos que cumpliríamos con las bibliotecas municipales se refiere al analfabetismo. Con esas bibliotecas disminuiría grandemente, pues, como decíamos, una vez que los padres se *aficionen* a la lectura, *harán todo* esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y escribir.

Que los adultos *se aficionen* es todo el secreto de la cuestión. Desde el momento en que nos *aficionamos* a una cosa—sea, si se quiere, la más difícil de alcanzar,— desde el momento en que tenemos *fe* en su mérito o su eficacia, ya estamos desplegando todas nuestras fuerzas para conseguirla o realizarla. Aquello que no se obtiene, aquello que no se mejora—aunque día y noche hablemos de sus excelencias—es, en último análisis, algo *que no nos inspira afecto, algo que nos es indiferente*.

Aquí tenemos un ejemplo: San Salvador, Santa Ana, San Miguel, han construído hermosos y costosos teatros: tan hermosos, que causarían envidia a muchas ciudades hispanoamericanas. De una manera u otra, con el dinero par-



ricular o con el público, valiéndose del apoyo municipal o del apoyo del Gobierno, ello es que han construído edificios teatrales. ¿Por qué? Porque los salvadoreños tenemos afición al teatro, *tenemos fe* en el teatro. En cambio, no sabemos de ninguna ciudad salvadoreña que haya construído un buen edificio escolar. Una casa de escuela, propia, adecuada, moderna, del tipo que ya es común en casi todo el mundo culto, no la hemos construído. ¿Por qué? Porque no tenemos fe en la escuela, porque no le tenemos *afición*. Así también hemos edificado hermosos cuarteles, hermosos casinos, hermosos parques; mas *no* hemos pensado en edificar nada para una biblioteca ni para un museo. Cuestión de que a unas cosas les tenemos afición y a otras no.

En materia de analfabetismo, así andamos; escribir y hablar de la cosa, todos hablamos y escribimos: o por que ello es de moda, o por temor al qué dirán, o por nuestro prurito de creer que nombrar una cosa equivale a crearla. Pero el analfabetismo no decrece, por que *en realidad*, no nos importa; por que nuestra afición a la lectura no es lo bastante grande para que de ella surjan *las obras*.

Pues bien, hemos de crear, hemos de vigorizar esa deficiente afición de nuestro pueblo a la lectura, y al efecto nos servirán de mucho las bibliotecas municipales. Ya dijimos que la primera condición de tales centros será establecerlos sobre una base de *lectura amena*. Cosa que atraiga, cosa que *divierta*.

Pero surge una dificultad: ¿qué libro será bastante regocijado y atrayente, que se ha

ga leer de aquellos que no saben leer, de aquellos que no conocen *ni la o por lo redonda*, ni la *l por lo larga*? Y Esos son legión; la mitad, acaso más, de nuestro pueblo, no conoce el abecedario. Démosle “Las Mil y Una Noches” a los dos tercios de millón de analfabetos absolutos *en quienes reside la soberanía*, ¿a ver si leen ni siquiera el título del libro?

Pero gracias a Dios, contra siete vicios hay siete virtudes, y si la virtud necesaria en este duro trance ha sido descubierta y practicada en alguna parte, bien podremos nosotros aprovechar de aquel descubrimiento, y practicarla a nuestra vez.

En efecto, ha sido descubierta y *practicada*. En Santiago de Chile—para no hablar sino de lo que hemos visto aquí mismo en América con nuestros propios ojos—conocimos una cierta Asociación de Estudiantes Universitarios, la mayor parte de familias ricas y de alta sociedad, consagrada a *fundar escuelas nocturnas de adultos*. A fundarlas y mantenerlas *con su propio dinero y su trabajo personal*.

Por aquel tiempo, hace unos veinticuatro años, la “Sociedad Franklin”, que así se llamaba, tenía perfectamente organizadas ya dos escuelas nocturnas. Los fundadores de aquellas escuelas hubieron de aguzar el ingenio para lograr que los adultos—obreros, peones, sirvientes—consintieran en ir a la escuela, y luego en no desertar de la misma. Conviene advertir que el pueblo bajo, la plebe, puesto que hay que llamarla con exactitud, no es allá, de ninguna manera, superior al nuestro. El nuestro vale más

que aquél, como inteligencia, como limpieza, como afición a instruirse. Las clases dirigentes chilenas no tienen entre sus numerosas y difíciles tareas de cultura y de gobierno, ninguna más difícil y penosa que la de convertir *en pueblo* el populacho; que extraer de *un roto* un ciudadano.

Pues bien, nuestros beneméritos estudiantes habían montado sus escuelas sobre el más ingenioso mecanismo de atracción, de simpatía, de caridad, digamos, para que aquellos desastrosos e imbéciles *rotos* vinieran al CENTRO donde se les transformaba en hombres, en ciudadanos. Había una *Comisión de Asistencia*, encargada, como si dijéramos, de lazar y domesticar al animal montaraz, y de buscarle y conducirlo al redil cada vez que por cualquier motivo desertaba de la Escuela. ¿Que Juan ha dejado de asistir? Pues a buscar a Juan, allá por los suburbios, en el cuarto miserable donde habitaba.

—¿Por qué no has vuelto a la Escuela?

—Porque estoy enfermo.

—¿Tienes médico?

—No.

—Pues te vendrá a curar uno de los médicos de la Escuela (Practicantes de Medicina, que eran miembros de la Asociación).

—¿Tienes para medicinas?

—No.

—Pues se te darán en el Dispensario de la Escuela (la Escuela tenía su farmacia).

Juan, asistido y curado por la Escuela, se sentía, por gratitud, obligado a no seguir faltando.

¿Que hace tantos días que Pedro no ha venido? Pues a buscarle. Pedro alegaba hallarse en enredos judiciales con su patrón, y que eso no le dejaba tiempo de pensar en escuelas ni en tonterías.

Y entonces, un joven Pasante de Derecho, miembro también de la Asociación, iba en solicitud del patrón de Pedro, a transar con éste si era justo y posible, y si no, a tomar a su cargo ante los Tribunales la defensa de Pedro.

Naturalmente, por muy bruto que fuera Pedro, le tomaba cariño a la Escuela, que le sacaba de tamañas dificultades.

Para los viejos, para los recalcitrantes al estudio, para los que *nunca* habían visto *ni conocían una letra*, había un CENTRO DE LECTURA que trabajaba especialmente los domingos y días festivos. Y en tal Centro vimos a nuestros estudiantes, horas enteras, cada uno a su turno, *leyendo* en alta voz, en medio de un corrillo de gentes atentas y gozosas, “Las Aventuras de Robinsón”, las novelas de Julio Verne, cualquier libro de esos muy divertidos, que no quiere uno dejar de leer, o *de oír*, una vez que lo ha comenzado a gustar.

A la vuelta de algunos meses, aquellos reacios analfabetos *consentían* en recibir clase de lectura, es decir, admitían y recibían el bautismo de la civilización.

Esta es la virtud que vimos practicar en Chile, y su recuerdo nos sugiere la idea de que

nuestras bibliotecas municipales deberán tener, cada una, un *Centro de Lectura* anexo, donde se martaje la piedra dura del analfabeto pertinaz y obstinado, hasta crear en él la llamita de la *afición*, que luego transmitirá a sus hijos.

Contra siete vicios. . .

## V

Este capítulo debería versar sobre el tercero de los fines que perseguimos, cual es el de crear un nivel de cultura media general, que no tenemos, sin el cual “son irrealizables las aspiraciones de orden, libertad, democracia y salud”. Pero hasta en las más pequeñas cosas interviene el azar, y éste nos obliga a cambiar hoy el orden de nuestras conversaciones.

En cierto lugar, un hombre progresista y resuelto nos escribe: “no hablemos más, fundemos aquí, sobre la marcha, la primera biblioteca de las que han de crearse, y para ello, díganos usted cuánto valdrán los cien volúmenes que servirán de base, y cuáles volúmenes han de ser”.

Este hombre, que hace lo que tantos otros hombres sólo dicen, merece atención, y se hallará justificado que nos apartemos del orden en que íbamos exponiendo nuestras ideas, para entrar con él en una conversación particular.

Al hecho, señor. Sólo sí, le rogamos tenga presente una advertencia, y es que no se trata solamente de gastar una cierta suma, en unos cuantos libros; de ponerlos ahí en servicio más

o menos regular, durante su administración de alcalde, y que mañana el sucesor de usted disponga que ya no; que ese dinero debe gastarse en otra cosa, a la cual vincule él su nombre durante doce meses justos. No; se trata de fundar, y quien dice fundar, dice mantener. Y para fundar, sostener y mantener—que es la única manera de trabajar, digna de verdaderos hombres—lo de menos será el dinero; lo importante es que ese dinero convertido en libros, sirva, dure y perdure.

Porque, se lo diremos bajo toda reserva, hay dificultades, y entre otras, una gravísima, y es que los libros se pierden. Los pierden, replicará usted. No; se pierden. Decir que los pierden sería calumnioso, o por los menos temerario. De ahí a decir que se los roban no habría más que un paso y seguramente un paso en falso, puesto que no hay ni hubo ni habrá un solo salvadoreño capaz de robarse un miserable libro, y más si se ha comprado con el dinero municipal y para servicio del público. No, los libros se pierden, y no porque nadie se los robe, que fuera un delito y una grosería, sino porque nos quedamos con ellos, lo cual es simplemente una costumbre.

¿Quién será capaz de robarse un libro? Sólo un ladrón, evidentemente.

¿Quién será capaz de quedarse con un libro? Nosotros, usted, los bibliotecarios, el lector, la lectora, el señorito, la señorita, el discípulo, el maestro, cualquiera. Es una costumbre y la costumbre es ley.

Sólo que, por inocente que sea esa costumbre, se adivina que mientras ella exista, lo que es crear y sostener bibliotecas municipales será poco menos que una quimera. ¡Imagínese usted! Si en vez de abrir la biblioteca con cien volúmenes, la inaugura usted con 3,000 y cada uno que la honre con su visita se queda con un volumen, parécenos que, en buena aritmética, al llegar a tres mil el número de visitantes, el de los volúmenes habrá llegado a cero; salvo que los custodios se queden. . . con los que les dejen.

Algo así sucedería en Zacatecoluca, a juzgar por cierta gemebunda correspondencia que vimos publicada en un diario; algo del mismo género acontecería en Chinameca, donde se montó una escogida biblioteca popular, de la cual sólo va quedando a esta hora la buena intención y el grato recuerdo. Algo así ocurriría y sigue ocurriendo en varias poblaciones de la República, donde alcaldes y patriotas se empeñaran en fundar bibliotecas municipales. La única que en ese tiempo se salvó de los estragos de ese sistema, fué la Nacional de San Salvador, gracias a la feliz circunstancia de haberse fundado casi toda ella con libros en árabe, en griego, en sánscrito y otras lenguas que no todos entienden.

El sistema en cuestión no sería del todo inconveniente si se pudiera reglamentar un poco más; si, verbigracia, a cada uno de los que visitan una biblioteca le tocara quedarse con un solo volumen. Al cabo de las visitas, todos nos habríamos quedado con algo, y la diferencia sería que, en vez de ir a leer incómodamente a la biblioteca, leeríamos cómodamente en nuestra

hamaca; nos cambiaríamos los libros y así se ahorraría el pago de local, de anaqueles, de alumbrado, de bibliotecario, de mozo de servicio y de estadística. ¿No es verdad que sería un hallazgo?

Mas, suele acontecer que por demora de los visitantes, o porque no todos sean amigos de instruirse a domicilio, puede acontecer que sólo uno, o unos pocos se quedan con todos los libros, y entonces fallan enteramente los propósitos de los que fundaron la biblioteca. Lograr que cada uno se quedara con uno o dos volúmenes, fuera haber puesto orden en el desorden; un progreso real, toda vez que un libro, no digamos quedándose con él, aun robándose, ha de producir siempre algún beneficio. En efecto, nótele usted, cuando uno se queda con ellos no sería sino para leerlos. Si me quedo con un revólver o con una botella de cognac, o con una tableta de morfina, o con un par de dados, seguro que será para matar a alguien, o para embriagarme o para narcotizarme, o para que me despojen de mi dinero.

Pero si me quedo con un libro, de cien veces, noventinueve será para leerlo o bien para darlo a leer a otro, que es justamente lo que andamos procurando. Mas, sea como quiera, nosotros deseamos difundir la lectura en una forma no tan simplista, y el escollo principal consiste en la costumbre de quedarnos con todo libro que encontramos mal puesto. Fíjese usted bien, el mal está en que los libros se hallan mal puestos. Por regla general, siempre que alguna cosa se pierde, es porque está mal puesta, y aquí



volvemos al aspecto concreto y escabroso de la cuestión. ¿Qué haremos para que los libros de nuestras bibliotecas se encuentren bien puestos? ¿Ya pensó usted en ello?

Allá en nuestra niñez, los escolar de la aldea habían descubierto un remedio bastante ingenioso y eficaz, para evitar que los unos se quedaran con los libros de los otros. Consistía el remedio en escribir con tinta muy fuerte y letra muy clara, en la primera página del libro, este conjuro amistoso y tremendo:

*Si este libro se perdiese,  
Como suele acontecer,  
Suplico al que lo encontrase,  
Que me lo sepa volver;*

*Y si es de las uñas largas,  
Que no se lo vaya a coger;  
Y si no sabe mi nombre,  
Aquí se lo voy a poner.*

(Fecha y Firma.)

¿Creerá usted que nosotros los niños de entonces, nos atrevíamos a quedarnos con el libro ajeno, sólo por no incurrir en el dictado de uñas largas?

¡Ah tiempos!

Los hombres de ahora, educados en las doctrinas de la lucha por la existencia, quizá no seríamos tan delicados como los niños de antes, y no nos atrevemos a proponer como único y seguro remedio contra el mal de que hablamos, el de escribir en la primera hoja de un libro

aquellos versitos que tanto respeto nos inspiraban a nosotros. Y sin embargo, ¿lo creerá usted? Hemos visto usar nada menos que en Estados Unidos, los mismos recursos que empleaban los escolares de mi aldea: esta es la hora en que los yanquis, maestros en cosas prácticas, escriben, no en la primera página sino en el reverso de la pasta, una serie de advertencias que vienen a ser en sustancia lo mismo que nuestro conjuro de uñas largas: los libros, los millones de libros de las bibliotecas públicas de Nueva York, llevan impresos en el reverso de la pasta una serie de amonestaciones que dicen, poco más o menos así: *Procure usted que no se manche este libro. Vea que los niños no le arranquen las hojas a este libro. No coloque usted este libro abierto sobre la mesa y descansando sobre las hojas. No doble las hojas de este libro para señal, porque se arruinará. Recuerde que si este libro se extravía, causará usted un daño a los otros lectores. No retenga usted este libro más tiempo que el necesario, porque hay otros lectores que lo necesitan y lo están esperando. Y no recordamos qué más.*

Ya se adivina que se trata de libros que se lleva uno a casa, donde no hay vigilancia posible de parte de los empleados, y que el solo control de la biblioteca que lo suministra, es esa serie de consejos cuyo sentido íntimo, para quien sabe y quiere entender, equivale a decirle: "No sea usted sinvergüenza: ya que se lleva ese libro a su casa sin pagar nada; ya que le damos a usted gratuitamente cuanta lectura necesite, ahorrándole así mucho dinero, no sea bribón ni

grosero ni cochino, no se robe el libro, ni lo destruya, ni lo empuerque”.

Aquello de las uñas largas, resulta un caramelo si se compara con lo que los yanquis escriben en la portada de sus libros.

Y bien, allá, lo mismo que entre los escolares de mi aldea, la filípica esa da resultados, y mucha gente que se habría quedado con los libros, si no encontraba en ellos esa inocente amonestación, los cuida y los devuelve, sólo por no incurrir en el feo calificativo de *distraído*. Es claro, a nadie le gusta que le digan UÑAS LARGAS.

## VI

Nos toca ahora hablar de los *cien libros* amenos, atrayentes, regocijados, que formarán LA BASE de nuestras bibliotecas populares. Como quien dice, el anzuelo con que vamos a pescar lectores que no leen y hasta lectores que no saben leer. La lista es muy fácil de hacer, a primera vista. ¿Libros amenos? No hay sino que pedir la colección de Julio Verne, o las novelas de Dumas padre, o la serie histórica de Walter Scott, o la interminable Carlota Braem-mé, o el canasto de Nick Carter o el costal de Ponson Du Terrail, o la montaña impresa de Balzac, o las Aventuras de Salgari, o cualquiera otro de los fecundísimos autores de libros de pasatiempos, que han escrito centenares de volúmenes.

Pero se nos ocurre que eso de fundar una biblioteca—que tiene muchos gastos, aun sien-

do popular y económica—sólo para leer a uno de esos autores, no sería cuerdo en ningún caso.

Luego, hay la dificultad de que el mismo libro que alguien encuentre muy divertido, le resultará a otro poco menos que cansado, y aun enteramente insípido a quien tenga el gusto algo exigente.

Además, la amenidad de Dumas suele costar un falseamiento de la verdad histórica; la de Walter Scott, le encierra a uno en un mundo muy estrecho, en que apenas se ve otra cosa que las montañas y los matorrales de Escocia; la de Paul de Cock, está buena para viejos verdes y para mozos pervertidos; la de la señora de Braemmé, sólo puede satisfacer a las amas de llaves o a las porteras; la de Ponson, acaba con las facultades de raciocinar y con el buen sentido; la de Balzac, por demasiado filosófica y por hallarse casi siempre mal traducido, acaba por ser enojosa, salvo en unas cuantas de sus novelas.

Y en cuanto a la fábrica de Nick Carter, Gastón Lerroux y otros falsificadores del ingenio de Conan Doyle, no suelen ser sino un hacinamiento de disparates y falsedades que se imprimen y se venden. . . porque sí.

Renunciamos, pues, al autor único, y nos resolvemos a seleccionar, tomando de cada uno de ellos, una, dos, tres obras legibles, inteligentes y placenteras.

Claro que no solamente de los autores citados, sino de otros muchos. Claro también que

ninguna de Nick Carter ni de otros facinerosos parecidos.

Así es que en nuestra lista no han de figurar sino libros que, por ser divertidos no dejen de ser discretos, y que no sean mentirosos, y que no sean obscenos y que no dejen un concepto demasiado estrecho de la vida, y que no exijan demasiada técnica como algunos del encantador Julio Verne.

¿Bastaría con eso? Casi, casi: amenidad, inteligencia, decencia, verdad, amplitud y sencillez, parece casi todo lo que deberíamos exigir en los libros que vamos a poner en manos de nuestro pueblo.

Sin embargo, no es todo, y nada nos obliga a limitarnos a esas indispensables cualidades cuando podemos añadirles otras de tanto valor con aquéllas.

Por ejemplo, el optimismo, la fe en el bien, la energía sana y constante, que nos enseña Goldsmith; la belleza, el arte hondo de Stevenson; la sugestividad de Wells; la ternura, la profunda bondad de Andersen; el heroísmo de Scott; la piedad, la compasión infinita de Cheekof; en fin, todo lo que han creado de hermosura, de arte, de verdad, de bondad, los grandes escritores que son, por ello, los mejores y más grandes maestros de la humanidad.

Y todavía más: ¿por qué no hemos de procurar, al mismo tiempo que divertir a nuestro pueblo, *darle una orientación* que le inicie en los principales dominios de la vida mental; que le haga capaz de continuar por sí mismo, según la vocación y posibilidades de cada uno, instru-

yéndose en los grandes ramos de la cultura? ¿Por qué hemos de limitarnos a las obras de mera ficción y fantasía, pudiendo también entrar en el campo de las realidades?

Queremos decir que no sólo en la novela podemos hallar los elementos de una lectura recreativa, sino también en la Historia, en la Moral, en la Geografía, en los viajes, en la Astronomía, en la Zoología, en la Física, en la Botánica, y acaso en otras. En forma directa o en forma de novela, hallaremos obras grandemente instructivas que son también de mucha distracción y amenidad, y las incluiremos desde luego en nuestra lista los CIEN LIBROS.

Hémos aquí, pues, con un criterio de selección bien formado, y aptos para escoger los más adecuados a nuestro programa: cien libros de primer orden que sean obras de arte, obras amenas, sanas, discretas, optimistas, instructivas y sugestivas. Como si dijéramos, cien diamantes o cien rubíes extraídos de las minas de la literatura, de la historia, de la ciencia, de la religión, de la moral.

## VII

Desde luego conviene saber que todos ellos han de ser empastados, impresos en letras de buen tamaño, en papel sin lustre, y en formato no más pequeño que el *octavo* ni más grande que el *cuarto* mayor; o dicho en otra forma, que su longitud no baje de quince centímetros ni suba de veinticinco.

Lo del tamaño es interesante para la comodidad de los lectores y para facilitar la colocación de los volúmenes en los anaqueles; lo de la pasta, es indispensable para no gastar el dinero innecesariamente, pues los libros en rústica duran apenas la tercera parte del tiempo que duran los libros empastados; lo de la letra, es de mucha importancia para no arruinarles los ojos a los lectores y para que la lectura no se trueque de placer en fastidio; lo de la opacidad de las páginas se exige también en servicio de los ojos, que padecen con los espejos del papel, sobre todo cuando se lee de noche.

El lector que llegue a leer cuidadosamente esos cien libros, que los guste, que los entienda, que los digiera, llegará a ser un hombre de bastante mentalidad, con ideas claras sobre muchas cosas esenciales, con buen gusto literario, iniciado en las disciplinas del arte y de la ciencia. Seguramente más de alguno dirá que ambicionamos demasiado y que hacemos de una pequeña biblioteca municipal una princesa del Toboso, un hada capaz de convertir en carruajes las calabazas y en caballos los ratones. Tal vez; tal vez exageramos las virtudes de la lectura, pero vale la pena de hacer la experiencia, y más cuando la experiencia es fácil de hacer. La muestra y la de otros muchos que la hicieron, dice que ya no son cien libros, sino un solo libro, el *Fausto* de Goethe, por ejemplo, encierra grandes tesoros de cultura para el minero que sabe descubrirlos. Así, la cuestión está en saber seleccionar estos libros.

## FE DE ERRATAS

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
9	8ª	perjuicios.	prejuicios
20	3ª	esplicar.	explicar
23	31ª	espirituales.	espiritistas
25	15ª	atrazo.	atraso
25	20ª	vejetando.	vegetando
32	8ª	yudarse.	ayudarse
34	17ª	esfuerzes.	esfuerzos
35	24ª	cojen.	cogen
39	34ª	ambriento.	hambriento
40	9ª	májica.	mágica
40	19ª	gerarquía.	jerarquía
45	28ª	Fisca.	Fisco
46	30ª	bueblo.	pueblo
49	26ª	cojer.	coger
55	2ª	buy.	muy
55	12ª	convretirnos.	convertirnos
55	29ª	hambién.	también
56	15ª	edificacia.	eficacia
58	19ª	acaberomos.	acabaremos
59	26ª	matada.	matado
71	32ª	math.	match
74	29ª	Crimm.	Grimm
76	4ª	analfabetcs.	analfabetos
92	27ª	muestra.	nuestra







IMPRESA NACIONAL.— San Salvador

El Salvador, Centro América. — 1956

Tirada: 5,000 ejemplares.







---

**IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA  
IMPRESA NACIONAL**

—  
**EDITADO POR EL  
MINISTERIO DEL INTERIOR**

---

